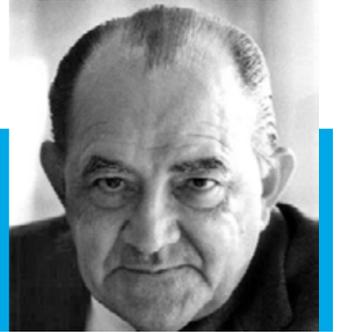


Escribe Alfredo Álvarez: "Aún en la distancia, me emociona recordar cómo personalmente el viejo Miguel Otero nos advertía la necesidad de crear historias con la certeza del dato preciso, sin

renunciar a la elegancia que nos prestaba el lenguaje de Cervantes. Doce líneas eran suficientes para una nota de primera, y una cuartilla suficiente geografía para abundar en los datos de una noticia".



Papel Literario

FUNDADO EN 1943

80 AÑOS

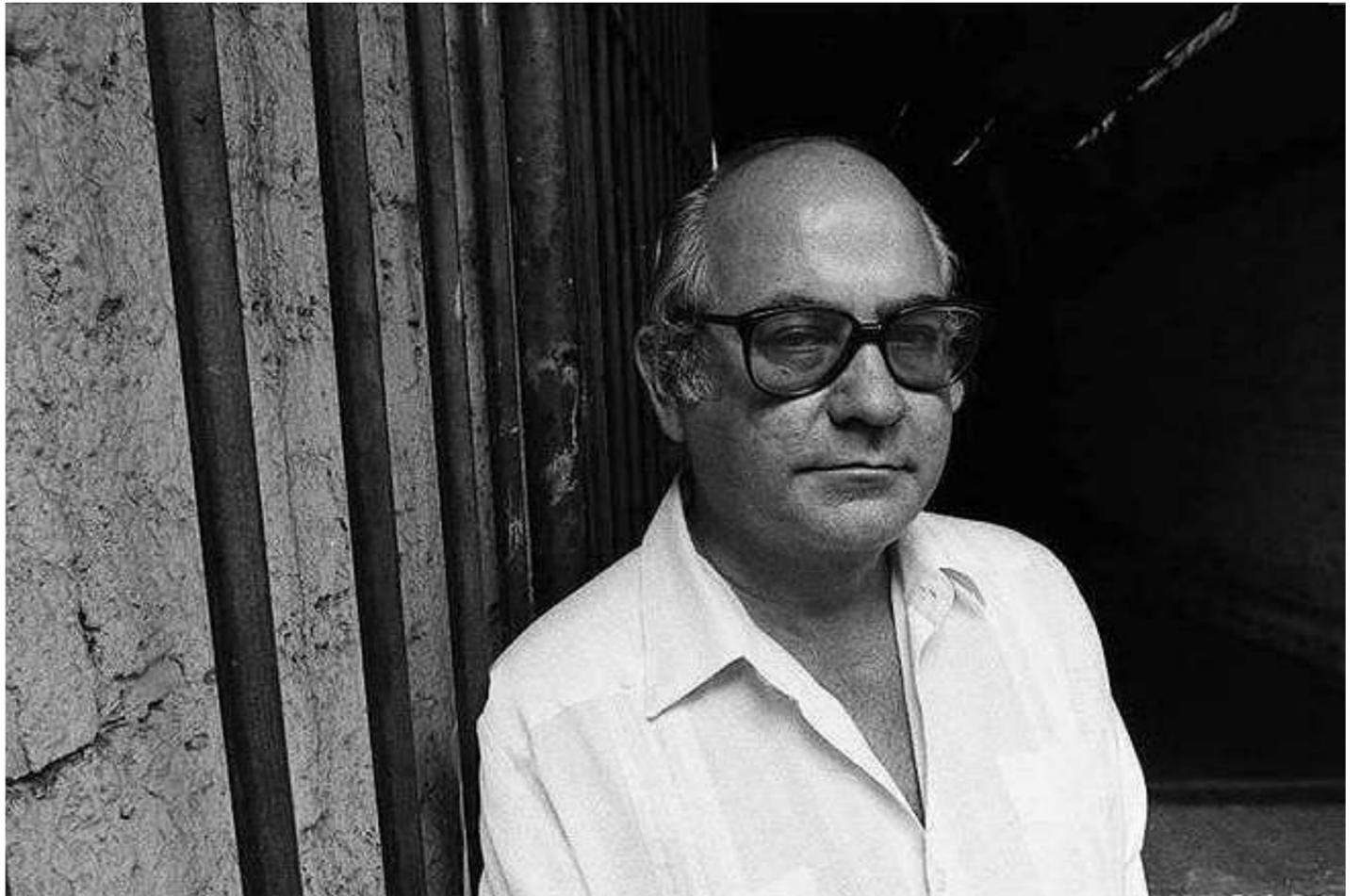
DOMINGO 12 DE FEBRERO DE 2023

• Dirección Nelson Rivera • Producción PDF Luis Mancipe León • Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez • Correo electrónico riveranelsonrivera@gmail.com/https://www.elnacional.com/papel-literario/ • Twitter @papeliterario

ANIVERSARIO >> ENTRE GOLPES Y REVOLUCIONES

Autorretrato con país al fondo

Se cumplen 15 años de la publicación de *Entre golpes y revoluciones* (2007), la insuperable y póstuma obra de Jesús Sanoja Hernández (1930-2007), que vertebró un extraordinario relato —a mitad de camino entre el reportaje periodístico, el ensayo y el estudio histórico—, sobre la violencia política en Venezuela



JESÚS SANOJA HERNÁNDEZ / ©VASCO SZINETAR

SIMÓN ALBERTO CONSALVI

Enrique Bernardo Núñez, Antonio Arráiz, Ramón J. Velásquez, Jesús Sanoja Hernández. Periodistas de linaje que marcan épocas. En las páginas de los más importantes periódicos del siglo XX, los nombres de estos cuatro venezolanos llenan etapas de realce. Un denominador común los identifica: el análisis y observación de la historia venezolana de distintos tiempos. Sin abandonar la contemporaneidad, Núñez se remontó a la era colonial y abordó personajes y sucesos del siglo XIX, o del XX, como *El hombre de la levita gris*, la historia turbulenta en ocasiones, apacible o regimentada otras, de *La ciudad de los techos rojos*. Arráiz escribió en *El Nacional* de los años 60 una serie titulada *Una galería para Miraflores*, retratos extraordinarios de los presidentes de Venezuela desde José Antonio Páez, Monagas, Guzmán Blanco y Crespo, hasta Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, pasando por el otro Castro, Julián, y los civiles del fin de siglo como Raimundo Andueza Palacio. Publicó también la serie que llamó *Los días de la ira*, las memorias de la destrucción, las guerras (in)civiles que dominaron el siglo XIX, con protagonistas como Ezequiel Zamora. Páginas de esa historia venezolana que se oculta con obstinación y quizás también con temor (o pudor).

Velásquez ha difundido, por su parte, la historia venezolana desde las últimas décadas del siglo XIX, hasta las dictaduras de Castro y Gómez y la era democrática iniciada en 1936. Navegante del siglo XX, no hay rutas que no haya trajinado. El más joven de todos, el que fue tomando el espacio de los grandes maestros para terminar siendo como ellos un maestro para el relevo, Sanoja Hernández se especializó en la contemporaneidad.

Durante varias décadas, también desde las páginas de *El Nacional*, sus escritos han sido fundamentales para la comprensión de sucesos que, a pesar de ser recientes, o tal vez por esa razón, tienden a opacarse. Sanoja ha sido una referencia; más que eso,

el periodista o el escritor que movido por una singular sed de conocimiento acumula saberes, los (res)guarda en una memoria privilegiada, y los comparte con sus innumerables lectores con tesón, persistencia e ingenio.

Autor de grandes ensayos sobre escritores como José Rafael Pocaterra, Miguel Otero Silva, Ramón J. Velásquez o Rufino Blanco Fombona, Salustio González y los jóvenes de La Alborada, Gallegos, Rosales, Soublette, de textos sobre la época de Castro y Gómez, Sanoja conoce a fondo la historia venezolana del siglo XX, la historia del periodismo y la historia contada por el periodismo, por el oficial de las dictaduras o el clandestino de los perseguidos, los órganos y los periodistas de la resistencia dentro y fuera de Venezuela, contra las dictaduras de la hegemonía andina. Uno de sus textos más celebrados analiza la forma como los caricaturistas mundiales retrataron al general Castro. Cómo la caricatura fue un arma de europeos y norteamericanos que convirtió la imagen del dictador andino en personaje famoso, fama e infamia.

Sanoja conoce las controversias y los duelos políticos, los debates ideológicos del posgomecismo, el origen de los partidos y el talante de sus protagonistas. Nadie mejor que el escritor guayanés para contar la historia de las revoluciones y de los golpes de Estado sucedidos en Venezuela desde 1945. De conspiraciones, revoluciones, golpes y contragolpes tratan estas páginas donde el cronista o el escritor forman parte de la historia que relata. Quiero decir que forma parte de la historia en el sentido de que estuvo muy cerca de los sucesos, los vio y palpó y algunos padeció, mientras de otros participó decididamente.

Entre los privilegios de Sanoja como historiador está el de su memoria

prodigiosa. Todo lo indaga, porque es un erudito, y todo lo recuerda porque vive en permanente contacto con la escritura y la investigación. Nunca se aleja de sus afanes. Para Sanoja no hay laberinto, porque tiene las claves de la salida. Estas páginas son paralelamente el retrato de muchos personajes, el retrato de un país en varias de sus épocas, un retrato en movimiento, al tiempo que un autorretrato de quien las escribe, porque Sanoja anduvo y anda entre la gente, en el gran carrusel de la política y del periodismo, con su cuaderno de notas y sus papeles que se acumulan como murallas en su estudio. Nunca ha sido ajeno, ni siquiera cuando se iniciaba a su llegada a Caracas, cuando atravesó el Orinoco para explorar las otras selvas venezolanas, al dejar atrás el mundo esplendoroso de Guayana.

Pocos recordamos el día que llegamos a Caracas procedentes de las lejanas provincias, tenemos ideas aproximadas —que se van haciendo cada vez más difusas con el tiempo— de cuándo llegamos y de cómo era la ciudad. Sanoja, en cambio, lo tiene claro: llegó a la capital el 26 de enero de 1944, a la edad de catorce años, pues nació el 27 de junio de 1930. El viaje desde Tumeremo, su pueblo, situado entre El Callao y El Dorado, había tardado una semana, desde el mundo mágico de Canaima hasta la capital.

Las impresiones del largo y demorado viaje fueron registradas con tanta precisión que el adolescente puede contar cómo a partir de San Juan de los Morros el autobús se desplazaba por vías pavimentadas. Había dejado atrás las carreteras que condenaban a los viajeros a andar envueltos en nubes de tierra. Pasados Cumbre Roja y Guaracarumbo, Caracas está a la vuelta de la esquina. Al adolescente lo impresiona una mansión espec-

tacular, la casa de campo del Ilustre Americano, en Antimano. Había oído hablar de Guzmán Blanco, pero, no obstante, era todavía como otros tantos personajes: remoto y abstracto.

Cuando Sanoja llegó a Caracas traía el bagaje de las lecturas iniciales: Verne, Salgari, Zavattini, Dumas, Burroughs y sus aventuras de Tarzán. No obstante, recuerda las grandes revistas que llegaban a Tumeremo y lo invitaban a más audaces exploraciones en el mundo que quedaba al otro lado del río de las siete estrellas. En suma, era ya un lector en ciernes el que con la llegada a Caracas se convertirá en devorador devorado, con el privilegio de descubrir en edad temprana uno de los libros más turbulentos del siglo, las *Memorias de un venezolano de la decadencia* de José Rafael Pocaterra. Quizás fue aquella lectura imprevista la primera lección del desasosiego venezolano. El libro que todos debemos leer y pocos, muy pocos, han leído, sean intelectuales o políticos, le dio al adolescente recién llegado a Caracas una visión de los espantos y de los abismos de las dictaduras. No habían trascurrido diez años de la muerte de Gómez, y ya Sanoja se había enfrentado al infierno de persecuciones, cárceles y torturas descrito por quien relataba sus propias experiencias en *La Rotunda*. Es probable que la biblia del horror venezolano marcara al adolescente de quince años, lo sensibilizara y terminara orientándolo hacia los debates ideológicos que irá asumiendo muy pronto.

La política, inesperadamente, lo arranca del mundo de los libros. Estalló el 18 de octubre de 1945, cae un presidente y asciende al poder un movimiento que estremece las estructuras tradicionales del país, las que con variaciones y diversos ritmos se trató de alterar, las estructuras del poder

que vienen desde la época que ha visto retratada en las *Memorias* de Pocaterra, y que los dos presidentes precedentes (López Contreras y Medina Angarita) trataron de dejar atrás, civilizando la política.

De modo que es el 18 de octubre de 1945 el primer episodio de golpes y revoluciones que Sanoja aborda en estas páginas. Andaba entonces por los quince años, y, con todo, mantiene vivos la confusión y los apremios de algo tan inesperado y traumático como un cambio de gobierno a través de la violencia. El joven Sanoja vive entre Altavilla y La Pastora, lo que le permite estar muy cerca del palacio de Miraflores, teatro donde suceden aquellos episodios imprevistos y donde ofician personajes de rostros enigmáticos que no ocultan sus propios asombros.

Es a partir del 18 de octubre que inicia Sanoja sus análisis de la política venezolana de medio siglo, los cincuenta años venezolanos que verán al periodista como el crítico y el protagonista. "El 18 de octubre fue una sorpresa —dice— para la inmensa mayoría del país y permitió descubrir realidades políticas e ideológicas con velocidad comparable a la del año 36, aunque en esta ocasión el balón pasaría a manos de los izquierdistas y no a las de los derechistas". Es la iniciación de Sanoja en la política, en los intercambios en el liceo, los debates en la Asamblea Constituyente y el Congreso, la presidencia de Rómulo Gallegos que, de la euforia con que se inicia, apenas nueve meses después sucumbe irremediadamente bajo los asedios de partidos incapaces de comprender la democracia y de los militares que no conciben otro papel en la historia diferente al dominio de las armas.

(Continúa en la página 2)

Autorretrato con país al fondo

(Viene de la página 1)

“La elección de Gallegos —escribió— fue juzgada como el inicio de una etapa histórica sin par. En el Nuevo Circo presencié, entre miles de caraqueños, el festival folklórico organizado por el poeta Juan Liscano, el mismo que un año después entusiasmaría a varios jóvenes de AD (Rafael José Muñoz, Miguel García Mackle, José Francisco y Guillermo Sucre) y del PCV Jesús R. Zambrano y yo para constituir el grupo literario Cantacalero, cuya revista en su primer y único número, enero de 1950, fue incautado por la Seguridad Nacional”

El análisis —tanto el recuento que hace el periodista del 18 de octubre, de todo cuanto precedió al golpe de Estado, la candidatura de Diógenes Escalante, el milagro que estuvo a punto de ocurrir al unir a gobierno y oposición en torno a un candidato que se comprometía a hacer reformas constitucionales que abrieran el sistema político por primera vez en la historia, porque a los presidentes, en 1945, los seguía escogiendo el Gran Elector como en la época de Gómez— presenta un panorama visto con objetividad y sutileza. Sanoja vivió aquellos episodios muy joven, pero a su memoria unió la investigación posterior, de modo que en este primer gran episodio de los golpes y revoluciones encontramos las percepciones personales, los testimonios individuales, información de gran riqueza y diversidad. Leyendo a Sanoja repasamos aquellos tiempos de 1944 y 1945, el universo de los intereses creados que impidieron reformas que, prácticamente, todo el mundo político consideraba impostergables.

El milagro de Escalante como candidato de unidad estuvo al alcance de la mano; no obstante, una vez fuera de juego por una aberración del destino, quienes habían convenido apoyarlo para que asumiera esas reformas elementales no lograron convenir en lo sustancial que eran las reformas, y no en el nombre de otro candidato. En estas páginas comparecen los protagonistas de primer orden de aquel momento de crisis, el presidente Medina Angarita, los escritores Arturo Uslar Pietri y Mario Briceño Irigorry, el expresidente López Contreras, los líderes de AD Rómulo Betancourt y Raúl Leoni, la posición de diarios como *El Nacional* bajo la dirección de Antonio Arráiz y de *La Esfera* comandado por Ramón David León, la posición del PCV. Tras el debate, el drama de Escalante, la enfermedad mental, el testimonio de Ramón J. Velásquez que tuvo la fortuna como reportero de *Últimas Noticias* de estar muy cerca de Escalante y de haber visto el derrumbe del hombre y del milagro fugaz.

El joven Sanoja no es indiferente a lo que sucede en Venezuela. El 24 de noviembre ocurrió el golpe militar contra el novelista, pero también un golpe severo contra las posibilidades del libre juego político. Se instala la dictadura militar, con tres tenientes coroneles al mando. El nombre de uno de ellos no le es desconocido porque, aunque muy joven había acompañado a su padre en la aventura del *Falke*, y figuraba en las páginas de Pocaterra, con quien permaneció en el barco mientras el padre, el general Román Delgado Chalbaud, bajaba a tierra para morir minutos después en un duelo que va imaginado.

Con igual riqueza de información, el historiador de tan definitivos sucesos se detiene en los avatares (y conspiraciones) nacionales e internacionales del período presidencial de Gallegos, su viaje a Estados Unidos, en las discordias civiles de la época, un tema que se fue convirtiendo en tabú y que nadie quiso abordar después de 1958 porque discutirlo equivalía a establecer responsabilidades, y esto atentaría contra el delicado equilibrio que reclamaba la democracia para sostenerse. Nadie se atrevió, por ejemplo, a reabrir las páginas del diario *El Gráfico* y ver lo que allí se le decía a Gallegos.

Con el título “Contragolpe ¿o contrarrevolución?” Sanoja nos introduce en el 24 de noviembre de 1948.

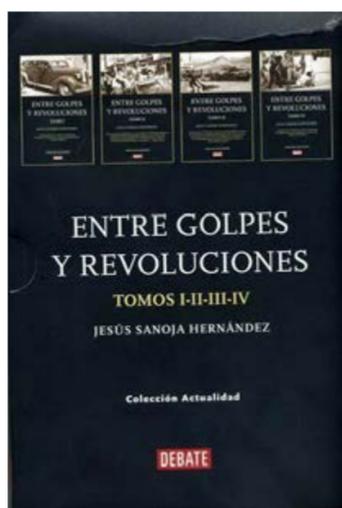
El país entra en el túnel. Reina gran desconcierto, y quienes hasta ese día agitaban las aguas y clamaban contra el novelista prefieren ahora la buena conducta. Hasta 1950 reina un clima de ambigüedad porque los coroneles de la cúpula militar disienten sobre el rumbo y el desenlace. Carlos Delgado Chalbaud sostiene (sin gran arrojito) la necesidad de convocar el país a elecciones generales. Marcos Pérez Jiménez piensa que eso equivale a volver a los cuarteles y si las Fuerzas Armadas salieron a la escena había sido para quedarse.

El 13 de noviembre de 1950 ocurrió el secuestro y asesinato del presidente de la Junta Militar de Gobierno. El único magnicidio de la historia venezolana que suscitó las más variadas hipótesis. El periodista piensa: “Pero en cualquier caso, la eliminación de un personaje como Delgado Chalbaud le abrió paso al liderazgo de Pérez Jiménez dentro de la cúpula castrense. Como episodio novedoso que pretendía esconder sospechas acerca de su posible inducción del crimen, Pérez Jiménez colocó sobre cojín con fondo rojo, la más valiosa y fulgurante joya como póstuma condecoración: el Collar de la Orden del Libertador. O sea, todos los honores para el muerto, todo el poder para el vivo”.

Sanoja traza un perfil del teniente coronel: “Delgado quemó las naves antes de partir, pues traicionó a Gallegos en la hora nona, nada menos que al maestro que lo había acogido en su casa de exilio español, el mismo que lo había dejado encargado de la Presidencia de la República al viajar a EE. UU. por invitación de Truman, el mismo que en otros tiempos lo llamaba ‘Carlitos’”. Eliminado así el presidente de la Junta Militar, Pérez Jiménez despejó el camino del régimen dictatorial. Sanoja plantea la tesis del destino manifiesto de los ejércitos. La internacional de las espadas: Juan Domingo Perón, Manuel Odría, Rafael Leónidas Trujillo, Anastasio Somoza, Marcos Pérez Jiménez.

Toda una época oscura de América Latina, tiempos de Guerra Fría, del general Eisenhower y John Foster Dulles. En ese clima, Pérez Jiménez navega con velas desplegadas, y llega incluso a postular un proyecto de país, a través de su ideólogo Laureano Vallenilla Planchart. Un proyecto

“Sanoja conoce las controversias y los duelos políticos”



FOTOGRAFÍA DE LEO MATIZ / ARCHIVO DE FOTOGRAFÍA URBANA

que, como en los tiempos de Gómez y del Vallenilla padre, se basaba también, como ahora, en la construcción de carreteras y obras públicas, fuentes de grandes negociados y excusas para mantener el país “metido en cintura”.

“Lo que Pérez Jiménez esbozó como proyecto de país —escribe Sanoja— no lo era sino en el sentido que algunas dictaduras suelen concebirlo al invocar un singular nacionalismo y desarrollar algunos sectores económicos bajo la égida del Estado, especialmente fuerte en Venezuela en razón de su potencial petrolero”. Pérez Jiménez, en efecto, exprimió el país, siendo una de sus últimas hazañas financieras, poco debatidas también en las décadas posteriores, el otorgamiento de concesiones petroleras de 1956 a 1957 a los consorcios internacionales, vulnerando los intereses de la nación. Con el cemento armado, Pérez Jiménez quiso ocultar la realidad de la dictadura, sus fraudes electorales del 30 de noviembre de 1952 y del 15 de diciembre de 1957, glosados y enjuiciados por el historiador con abundancia de precisiones. El último, el arbitrario plebiscito armado por Vallenilla, fue la antesala del derrumbe, en medio de la rebelión civil y de tres conspiraciones militares paralelas que Sanoja disecciona siguiéndoles los pasos posteriores a los conspiradores.

Poco tiempo después del 24 de noviembre de 1948, como una manera de reaccionar contra el golpe militar, y de encontrar una trincherita donde combatir, el periodista se inscribió en el Partido Comunista. Inició una larga militancia y un compromiso ideológico que lo llevará a la resistencia clandestina, a la cárcel y al destierro. Primero la universidad y las luchas estudiantiles, el periodismo político, *Tribuna Popular*; las revistas literarias como *Cantacalero*. Aquí está contada la historia de la resistencia contra la dictadura, los fraudes de Pérez Jiménez, el del 30 de noviembre de 1952 y el plebiscito del 15 de diciembre de 1957. La apertura del campo de concentración de Guasina en medio del Orinoco, el asesinato de Leonardo Ruiz Pineda, la muerte en la cárcel de Alberto Carnevali, y de tantos otros líderes de los partidos AD y PCV. Sanoja viajó al destierro, repartió su tiempo entre París y México; en esta última ciudad trabajó intensamente en *Noticias de Venezuela*, el órgano del PCV en el exilio, en compañía de Gustavo Machado.

A partir del capítulo “23 de enero y Cuarta República”, Sanoja escribe la historia del período democrático que arrancó con la caída de Pérez Jiménez, y se prolongó hasta 1999. El 1 de

enero fue el primer día que el escritor oyó ruido de aviones rebeldes. Eran los famosos Vampiros, que aparecieron y se fueron como si la dictadura y el dictador fueran invulnerables. Pasaron los días y todo se derrumbó.

Al amanecer del 23 el general todopoderoso y arrogante huyó en las alas de “La Vaca Sagrada”, hacia la República Dominicana donde lo consoló el general Rafael Leónidas Trujillo, decano de las satrapías caribeñas. A diferencia del 18 de octubre de 1945 cuando Sanoja es todavía un adolescente, a partir del 23 de enero ya es un observador que ha trajinado la política y que ha escrito incesantemente en esos años. A la memoria prodigiosa une el prodigio de sus notas, de sus papeles y de viejos periódicos. No se ha intentado hasta ahora una historia de la etapa democrática 1958-1999 que aborde el prolongado período con la riqueza informativa y la precisión en los juicios como lo intenta aquí Jesús Sanoja Hernández.

Sanoja examina la significación política de 1957, las implicaciones de la Carta Pastoral del arzobispo Arias Blanco, la formación de la Junta Patriótica, la estrategia de unidad del PCV y, en general, de los partidos democráticos. “El pleno de los comunistas —anota— establecía la unidad total de la oposición política y la incorporación al frente antidictatorial de todos aquellos que desearan el cambio sin importar cuál hubiera sido su pasado”.

Todos los episodios capaces de hacer historia o contribuir a ella —“hacer historia” quiere decir simultáneamente construir la democracia o destruirla— fueron registrados por quien concibe la historia como un afán cotidiano, y por eso, porque percibió temprano el valor y el significado de personajes y sucesos, fue capaz de pintar este fresco policromo y dinámico de medio siglo venezolano. La presidencia de civiles que por primera vez se alternan en el poder. Las conspiraciones y rebeliones de la primera etapa, los golpes militares contra Betancourt, la influencia desestabilizadora de la revolución cubana que encuentra émulos que quieren dejarse crecer las barbas y redimir a sus países como Fidel Castro, la invasión de Machurucuto, las guerrillas de El Bachiller, la presencia de los cubanos como Arnaldo Ochoa en la guerra, la discusión del dilema si se invitaba o no al Che Guevara como jefe del movimiento guerrillero en Venezuela, la rebelión de los partidos PCV y MIR, la división de la izquierda, la división o divisiones de los otros partidos, las pugnas barrocas por las candidaturas presidenciales, la decadencia del liderazgo, la noche

surrealista de las tanquetas (octubre del 88), la desaparición y protección castrense del jefe del cómic episodio, al cual el Alto Mando le echó rápida tierra, intrigas y negocios militares, la aparición (y desaparición) de los Notables, la caída del presidente Pérez, las rivalidades de los generales, la transición del presidente Velásquez. Como epitafio del régimen democrático el 4F de 1992, y todas sus derivaciones, la presencia en la escena de Hugo Chávez Frías y la decadencia y caída de casi todo el mundo.

En el capítulo “Viaje a la prehistoria” vale la pena detenerse. Es una enciclopedia de conspiraciones, golpes y contragolpes, rebeliones y represiones, éxitos o fracasos, desde el primero, registrado como tal, el 19 de abril de 1810, un episodio sin participación popular, sin olvidar los que se escenificaron en el período de resistencia indígena, José Leonardo Chirinos en Falcón, o la insurrección de Juan Francisco de León. A tales épocas se remonta la experiencia o la tentación venezolana de las conspiraciones. De ahí parte Sanoja para este viaje singular a través de la historia: la Revolución de las Reformas y la caída de Vargas, la aparición de Carujo y del “carujismo”, el “complot de marzo” contra un conspirador conspicuo como José Tadeo Monagas. El historiador nos invita a una rápida excursión a través del carrusel, no pocas veces tragicómico, de los presidentes que en el siglo XIX descendieron del poder sin las amenidades del protocolo.

Veamos el índice de esos personajes, registrado por Sanoja: “Así, además de la renuncia forzada de Vargas en 1835, aparecen como derrocados, derrotados o renunciantes José Tadeo Monagas, derrocado (1858), Julián Castro, forzado a renunciar (1860), Manuel Felipe Tovar, renuncia (1861), Pedro Gual, derrocado (1861), José Antonio Páez, derrocado (1863), Pedro Gual, derrocado (1863), Juan Crisóstomo Falcón, renuncia (1868), Manuel Ezequiel Bruzual, renuncia (1868), José Ruperto Monagas, derrocado (1870), Valera, derrocado (1878), Raimundo Andueza Palacio, derrocado (1892) e Ignacio Andrade, derrocado (1899). El exilio de este no solo cerraría el siglo XIX sino que abriría una nueva etapa con el triunfo de los andinos”.

“Viaje a la prehistoria” es también un viaje a la erudición de Sanoja. No da una simple ojeada a los avatares del siglo, por el contrario, reflexiona con lucidez sobre personajes o episodios. Veamos, por ejemplo, lo que piensa de los primeros tiempos de la República:

“Páez inauguró, pues, los gobiernos de la llamada oligarquía conservadora, cuyo momento trágico sería el 24 de enero de 1848 con el ‘asalto al Congreso’, día en el cual José Tadeo Monagas dio el gran viraje. Pero acaso sea un acontecimiento anterior el que demostraría, en 1835, la reubicación de fuerzas con el surgimiento de tres candidatos presidenciales: Mariño, apoyado por Carujo (el del atentado contra Bolívar, 1828) y los residuos del militarismo independentista; Soublette, respaldado por Páez; José María Vargas, propuesto por los comerciantes y otros núcleos civiles, incluidos estudiantes, que intentaban una alternativa diferente al bipartidismo en ciernes.

El siglo XX no es menos rico, o quizás tanto como el diecinueve, en golpes y conjuras. Castro triunfa con una revolución, y cae con un golpe de Estado. Vence conspiraciones, revoluciones como la Libertadora, pero termina en el exilio, hombre sin patria”.

Desde 1908 hasta 1935, Juan Vicente Gómez no puede impedir ni las conspiraciones, ni las invasiones, ni intentos de derrocamiento. Pero a sangre y fuego se mantiene en el poder. Sanoja explora la etapa de Gómez único, el dictador que inventa golpes para conjurarlos. En el posgomecismo caerán un militar, Medina Angarita, y un civil, Gallegos, en golpes de Estado más o menos fríos, mientras que Carlos Andrés Pérez salió ileso del asedio de tanques y bombarderos pero no de la trama de sus enemigos políticos.

(Continúa en la página 3)

HISTORIA >> DE UN GOLPE DE ESTADO AL SIGUIENTE

Venezuela fracturada

En 1996 circuló con el nombre de *Los golpes de Estado desde Castro hasta Caldera*, del general de división Iván Darío Jiménez Sánchez, quien fue ministro de la Defensa. Una nueva edición es publicada con el nombre de *Venezuela fracturada. Un libro para entender los golpes de Estado*

TOMÁS STRAKA

Publicado hace veintiséis años, *Venezuela fracturada* sigue siendo un libro de actualidad. En su momento fue escrito como una voz de alarma ante el vendaval que se aproximaba. Hoy nos da pistas de cómo llegamos a donde estamos. Y lo hace en dos niveles distintos, pero igual de importantes: la reconstrucción histórica de los hechos de 1992, hecha por uno de sus protagonistas; y el tono con el que fue escrito, que refleja de forma tan nítida el desasosiego de los años noventa, cuando el país no parecía tener ninguna salida para la honda crisis que lo acosaba: Hugo Chávez apenas se esbozaba como una posibilidad entre muchas, que a algunos empezaba a entusiasmar y a otros, como al general Iván Darío Jiménez, ya asustaba.

Escrito así, al filo del vendaval, o cuando ya sus primeros vientos nos sacudían, el libro pasó de ser una advertencia sobre el futuro, a una explicación del pasado. Pero una que sigue apuntando hacia el porvenir. Su primera edición llevó el título de *Los golpes de estado desde Castro hasta Caldera* en 1996 (Caracas, Centralca), que es engañoso. No se trata, afortunadamente, solo de una crónica de un siglo de asonadas, sino sobre todo del pormenorizado recuento de las de 1992, a las que Jiménez enfrentó, en

el caso de la del 27 de noviembre nada menos que como ministro de Defensa, y derrotó. Según confiesa en el prólogo, desde el principio pensó en *Venezuela fracturada*, pero Guillermo Morón, con quien tenía amistad, le recomendó el título con el que salió. Tal vez con su olfato de veterano editor, Morón pensó en algo que llamara la atención de los lectores, que captara de una vez su mirada en los anaqueles, pero no refleja ni lo que el autor se propuso decir, ni lo que el lector hallará en sus páginas.

Dos terceras partes del libro se refieren a 1992, y si Jiménez retrocedió casi cien años, lo hizo como quien da unos pasos atrás para hacerse de un mejor panorama, no para ser un historiador del siglo XX venezolano. Narra y explica, según sus ideas, los hechos históricos, pero solo para moldear su tesis de que se trataba de todo: el Estado, las Fuerzas Armadas, la economía, la sociedad, estaba fracturado, que era como una armazón que ya crujía por todas partes y amenazaba con caer. La armazón, según su opinión, había comenzado el 18 de octubre de 1945, con un golpe, y cerraba en 1992 con otros dos. Dice Jiménez: “los intentos de golpe de Estado del año 1992 marcaron en forma definitiva nuestro futuro, pero a la vez fueron el final de una época”. ¿Cómo podría ser la nueva época que se abría? ¿De qué modo podría ser aquel futuro marcado por los golpes? El autor no se adentra mucho en adivinaciones, pero trata de ofrecer ideas y referencias para que los venezolanos, por su cuenta, lo construyéramos del mejor modo posible.

Hoy estamos dentro de aquel futuro, y pareciera que los peores temores de Jiménez no solo se cumplieron, sino que se quedaron muy cortos. El recuerdo de 1992 es cada vez más vago, así como las discusiones que precedieron a la llegada de Chávez al poder. Es por esta razón que el libro gana su segunda actualidad: la de refrescar la memoria y crear consciencia de lo pasado desde entonces hasta acá. Para empinarnos con mejores herramientas que en 1996 hacia el porvenir.

Desvelando el olvido

Los golpes de 1992 están casi olvidados. Puede sonar extraño, pero la condición de entrada no era auspiciosa para la memoria: la verdad, nunca se ha tenido del todo claro qué fue exactamente lo que pasó. Es tal la maraña de intereses, intrigas, gente que quiso sacar provecho y no pudo, sino que recibió un traspaso del bú-

meran que lanzó; gente que sí pudo sacarlo, y mucho, pero que prefiere disimularlo; deslealtades y traiciones que unos glorifican y otros esconden escrupulosamente; muertos de los que nadie se hace responsable, en fin... Se trata de un terreno sembrado de tantos peligros que el acuerdo parece ser el de pasar de largo, aceptando las simplificaciones que mejor convengan.

Y acá llegamos al segundo punto: las simplificaciones han sido prolijas y muy convincentes (en gran medida, porque para muchos es beneficioso dejarse convencer). O se trató de un atentado a la democracia de un grupo muy marginal, acaso de agentes de infiltrados. O fue la épica de unos jóvenes soñadores y valientes, que, indignados por la corrupción de los políticos, las penurias de los pobres y el creciente descalabro del país, decidió arriesgarse a salvar su patria. Son dos extremos, en el que el segundo gozó de

“
No se trata solo de una crónica de un siglo de asonadas”



IVÁN DARÍO JIMÉNEZ / ARCHIVO

todo el apoyo que tiene la historia oficial. Al pedestal del *Comandante* sobran logros políticos, algunos muy impresionantes (no en vano Jiménez ya lo identifica en 1996 como “aprendiz de Maquiavelo”), pero le faltaban laureles castrenses. Así se volvió su rendición televisada y su famoso *por ahora* en una especie de prodigio similar a los de la gesta heroica. También, como en esas fotos trucadas de los líderes soviéticos, de las que se borraba a todos los que iban resultando inconvenientes, se fue eliminando aquello que pudiera opacar a Chávez, que en un principio era solo uno de los líderes. Así, por ejemplo, el golpe del 27 de noviembre fue ocupando un lugar cada vez más secundario, hasta casi no hablarse de él. En 2009 el 4 de febrero pasó a ser fiesta nacional.

También se creó una narrativa que alinea los golpes con el discurso socialista impulsada de forma expresa a partir de 2005. La génesis del golpe no estuvo en una logia fundada en 1983, sino en el Caracazo y la indignación que causó, en el ajuste *neoliberal*, en el imperialismo, en una idea de revolución. Medios de comunicación, cursos políticos, manuales escolares, se han encargado de esparcir este relato. Pero a este velo de omisiones y manipulaciones, siguió otro: el del olvido, ahora sí puro, a medida que la *Revolución bolivariana* fue perdiendo fuelle, Chávez murió y el país cayó en el colapso económico. Los actos oficiales del treinta aniversario fueron más bien tímidos, e incluso sirvieron para hacer proclamas a favor de la prosperidad y la productividad, nuevas banderas del *proceso*.

Cuando Iván Darío Jiménez escri-

bió su libro, no había forma de que se imaginara todo esto. Pero sin quererlo, terminó haciendo una contribución desvelando el olvido. Quien quiera enterarse de los sucesos de 1992 desde una perspectiva poco tratinada, la de los oficiales y soldados que enfrentaron a los golpes y los derrotaron, hallarán el testimonio de uno de los protagonistas centrales, quien además acarreo gran cantidad de documentos en respaldo de sus tesis. Hace una narración exhaustiva, llena de referencias, anécdotas y datos. Tal vez no haya otra tan pormenorizada, en especial del 27 de noviembre, el golpe más o menos eclipsado por el 4 de febrero, y aquel que Jiménez tuvo que combatir de forma directa. No se trata, naturalmente, de la narración de un observador imparcial, hecha con tono académico, sino de un protagonista, que sostuvo posiciones muy claras, tanto en las peligrosas horas de los hechos como después, pero que siempre se ocupa de respaldar sus afirmaciones con datos y de razonar sus opiniones.

Desde su visión de 1996, hay personajes que entonces eran prácticamente unos desconocidos, y que poco después se convirtieron en grandes figuras políticas. Hay otros cuyas posturas podrán sorprender en la actualidad, como connotados opositores, algunos en el exilio, que Jiménez señala como participantes en los complots. El retrato de todo aquello, justo en el momento en el que el país estaba por cambiar para siempre, es el gran testimonio que nos legó Iván Darío Jiménez.

(Continúa en la página 4)

Autorretrato con país al fondo

(Viene de la página 2)

El análisis de la década que se inicia con el siglo XXI y con la figura inescrutable del comandante Chávez Frías nos acerca al final de este proceso que se desarrolla más allá de nuestras expectativas, a pesar de ellas o contra ellas. Es la época de las grandes incógnitas que ahora vivimos. Un país sin rumbo, dominado por el azar del petróleo. Un país conejillo de indias. Sanoja ha escrito una gran crónica del siglo XX venezolano. Una historia donde quien escribe está presente cuando la historia sucede, y cuando no está lo que escribe es producto de infatigables indagaciones. Con su nombre, o con sus seudónimos de Edgar Hamilton, Marcos Garban, Martín Garbán, Juan Francisco Leiva, Eduardo Montes, Manuel Rojas Poleo, o Pablo Azuaje, la obra de Sanoja escrita a lo largo de medio siglo es inverosímilmente extensa.

Si algo caracteriza al historiador, como puede apreciarse a lo largo de estos volúmenes de *Entre golpes y revoluciones*, páginas de erudición y lucidez, es la valoración de testimonios y fuentes plurales, ilustrando en no

pocas ocasiones lo que piensan o sostienen los contendores con sus propias palabras. Observador crítico, militante político, hombre de posiciones sólidas, venezolano integral, poeta de *La mágica enfermedad*, Jesús Sanoja Hernández ha escrito, a fin de cuentas, una historia que es el autorretrato de una convicción, la de que esa historia no puede ser ni invención ni adulteración, ni visión dictada por intereses parciales. Ni puede falsificarse a la hora de escribirla, ni menos aún para interpretarla como si la falsificación fuera necesaria para la abolición de prácticas democráticas como la alterabilidad republicana, los derechos humanos y la libertad de expresión. Esta es una historia donde se alternan los altos y los bajos, las conquistas y los fracasos, pero es una historia y así está contada.

En su extraordinario prólogo a *Memorias de un venezolano de la decadencia*, Sanoja escribió: “Pocaterra constituye el paradigma venezolano del escritor testigo. Su testimonio es directo, con la fusión compacta de palabra y acción, y de sus *Memorias* puede decirse que representan medio siglo de historia cronológica y varios



JESÚS SANOJA HERNÁNDEZ, AMÉRICO MARTÍN Y MOISÉS MOLEIRO / ©VASCO SZINETAR

siglos de un proceso singular, visto como formación y deformación de un pueblo”. Esa fue la historia de la primera mitad del siglo XX, escrita por

Pocaterra. Del autor de *Entre golpes y revoluciones* puede decirse que le tocó abordar la historia de la otra mitad, también como escritor testigo. ☉

**Entre golpes y revoluciones. Tomos I, II y III.* Jesús Sanoja Hernández. Colección Actualidad, Debate, Random House Mondadori. Colombia, 2007.

Venezuela fracturada

(Viene de la página 3)

El autor y su contexto

La narración de los golpes del 4 de febrero y del 27 de noviembre es el principal aporte del libro. Visto desde los ojos de quien tuvo que combatirlos y logró reducirlos, constituye un punto de vista muy poco atendido después de veinte años de hegemonía chavista: el de los militares que decidieron ser leales a la institucionalidad democrática. Se ha desarrollado una historiografía bastante abundante sobre el tema, así como una larga lista de trabajos periodísticos y politológicos, que ofrecen una visión alternativa a la de la historia oficial; que la voz de los militares que aquel día combatieron y derrotaron a los insurrectos no ha tenido tanto protagonismo como debería para hacernos una idea global de los hechos. Porque si algo salta a la vista desde la primera página (y se mantiene a lo largo de la primera parte *histórica* del libro, la del recorrido por los golpes anteriores a 1992, y cobra plena fuerza en la segunda parte, la *testimonial*) es que se trata de un militar. Uno comprometido con su carrera (más que eso, con su opción de vida) hasta las últimas consecuencias.

Es un militar que nos ofrece una de las profesiones de fe institucional más contundentes que hemos encontrado. En sus conclusiones espeta: es hora de que los militares entiendan que los gobiernos se cambian en las urnas electorales, con el poder del voto y no con la fuerza de las armas, es hora de que los militares entiendan que en estas luchas fratricidas quienes más pierden son las Fuerzas Armadas y el pueblo, que son los que ponen los muertos y sacrifican sus hogares y su libertad; las FAN han perdido un buen número de sus mejores oficiales en estas actividades en las cuales participan preñados de un caudal nacionalista y creyendo en una utopía, olvidando que las FF.AA. están para defender la soberanía del país, su seguridad, ayudar en su desarrollo, pero no para ejercer el gobierno, esto le corresponde al pueblo a través del voto, más aun a las puertas del siglo XXI, donde creemos debe privar la sensatez sobre las vísceras, la razón sobre el poder de las armas. Preguntamos: ¿Cuántos muertos han puesto los que aupán los golpes de Estado y la violencia en todas sus expresiones? Estos "líderes" son los mismos en todos los tiempos, y mientras ellos manifiestan eufóricamente que el ataque del Destructor "Zulia" contra la Infantería de Marina era algo hermoso, heroico, en Puerto Cabello las Fuerzas Armadas y el pueblo entregaban en holocausto infame más de 500 muertos; ellos, los "líderes" de estos movimientos siguen vivos y algunos ocupando altos cargos en el gobierno, otros son "defensores de nuestros derechos" en el Congreso de la República, otros son emisores de opinión en los diferentes medios de comunicación social con una "autoridad digna de jueces celestiales". ¿Cuántos de esos "jefes" o "líderes" o como quieran llamarlos murieron o siquiera fueron heridos en las montañas? Pregunten por favor, cuántos oficiales, suboficiales, clases, soldados, policías y humildes campesinos fueron asesinados impunemente en los años sesenta; ellos, los que manejan con destreza el arte de la mentira y el engaño nunca estuvieron en un combate, los otros, los inocentes, jóvenes estudiantes captados en las universidades, esos entregaron sus vidas inútilmente.

Es un militar que, a diferencia de muchos en su generación, se distinguió en el combate de las guerrillas comunistas en la década de 1960, y que por eso sabía de qué iba la guerra y de las dolorosas consecuencias de quienes apelan a las armas para tomar el poder. Como suele pasar con los guerreros curtidos, su postura se asemeja a la de la famosa máxima de Erasmo de Rotterdam, de que la guerra solo es buena para quienes no la han vivido. Pero igualmente es un militar que demuestra, a lo largo de todo el libro, las tensiones que nunca dejaron de existir entre el sector castrense y el mundo político civil. Su opinión extremadamente negativa del 18 de octubre de 1945, que le endilga casi

todo lo que pudo haber tenido de malo a Acción Democrática y no a quienes al cabo planearon y ejecutaron el golpe, los militares, demuestra hasta qué punto muchos problemas de cincuenta años atrás seguían vigentes en 1996. Y si así lo estaban en un oficial de institucionalidad rectilínea como Iván Darío Jiménez, que había sido jefe de la Casa Militar de Jaime Lusinchi, ministro de Carlos Andrés Pérez y Ramón J. Velásquez, que en su libro señala a Raúl Leoni como uno de los mejores presidentes de la historia venezolana, que resueltamente enfrentó y debeló un golpe, ¡qué esperar de otros de lealtades más volubles!

El *cursum honorum* de Jiménez es además muy decidida de las oportunidades que abrió la Venezuela democrática a jóvenes humildes y talentosos como él. El muchacho de clase media, de los Magallanes de Catia, nacido en Caracas en 1941, que inspirado por un familiar aviador, ingresa a la Escuela de Aviación Militar en la aurora de 1958, encontró un horizonte amplio para desarrollarse. Egresado como subteniente en 1963, se especializa en lo que entonces era una de las promisorias novedades del mundo militar: los helicópteros. Incorporado al Grupo Aéreo de Operaciones Especiales, "Cobra", le tocó participar en las operaciones contra la guerrilla. A ve-

“Es un militar que (...) se distinguió en el combate de las guerrillas comunistas en la década de 1960”



PRIMERA PÁGINA DE EL NACIONAL 27 DE FEBRERO

PRIMERA PÁGINA DE EL NACIONAL 4 DE FEBRERO

ces volvía a su base con impactos de bala en el helicóptero. A ello siguieron años de formación en Estados Unidos, hasta convertirse en uno de los principales especialistas de aeronaves de ala rotatoria en Venezuela. Tal fue su prestigio que se encargó de trasladar presidentes y de dirigir la Escuela de Aviación. Para 1989 ya es general, en 1990 llega a la jefatura del Estado Mayor Conjunto y después asumiendo en 1992 a Ministro de Defensa, lo que se consideraba la coronación de la carrera militar.

En todos aquellos años miró con atención y especial cercanía al poder el camino que tomaba el país. Hacia el final de la carrera, todo indica que eran más las cosas que lo preocupaban que las que lo entusiasmaban. Sin embargo, no cayó en la tentación de violentar su juramento para convertirse en un "salvador de la patria", en un "gendarme necesario" que viniera a poner orden. De hecho, la gran hora, aquella en la que salta a la historia, llega cuando debe defender—cosa que hace, con el compromiso y la entrega usual— a un sistema que, por otra parte, le genera tantas dudas. Pasado a retiro, decide dejar su testimonio. Son los días en los que Venezuela se restaña las heridas de la crisis financiera (según algunos, la más grande, por el porcentaje de la banca afectada, de la historia mundial, o en todo caso una de las más grandes). El gobierno despertaba del fracaso de echar atrás el "paquete neoliberal" y asomaba la Agenda Venezuela, tan promisorio como implementada tardíamente. Un Hugo Chávez recién liberado que parecía diluirse, predicando, en liquiliquei y ante concentraciones y conferencias a las que no va casi nadie, su evangelio de la Agenda Alternativa Bolivariana. La sociedad miraba a la ex miss universo y alcal-

desa de Chacao, Irene Sáez, como una solución; los partidos se canibalizaban en pleitos intestinos, la delincuencia se volvía un problema nacional, la inflación que no amainaba y el día a día de las personas de a pie se hacía cada vez peor. Y era, a penas, la antelada de sobresaltos aún mayores.

En ese contexto donde el clamor de "que se vayan todos" crecía, salió y más o menos pasó desapercibido el libro de Iván Darío Jiménez. Sus siguientes años, hasta que falleció en 2017, debieron ser los de una angustia, incluso una tristeza mayor. Ver que los señalados en sus testimonio como conspiradores y aventureros, se hacían del poder, todo el poder; que imponían un plan que al principio no era muy claro, pero que después se decantó en un ensayo que se parecía bastante al de los socialismos de la órbita soviética, sobre todo a los reformados de la última etapa, como el *socialismo goulash* o el yugoslavo, cuando el Muro de Berlín estaba más que caído; ver a su amadas Fuerzas Armadas reconvertirse en algo cada vez más distante de sus valores, exaltando incluso a los guerrilleros que combatió y derrotó, debió torturar el final de la vida de Jiménez.

Rescatar aquel libro, como han decidido los herederos del autor, es más que un homenaje a un militar profesional y a un padre y abuelo muy querido. Escrita al filo del vendaval, el valor de *Venezuela fracturada* se ha acrecentado después de haber padecido sus embestidas, o incluso de seguir padeciéndolo. En medio de esta larga tormenta, nos da pistas sobre un pasado, tan vigente como olvidado; y también sobre cómo construir un futuro que, esperamos, sea mejor al que se avizoraba en 1996. Ese es el legado que nos dejó Iván Darío Jiménez y el que hoy, con la reedición de su libro, la familia pone a disposición de toda la sociedad. ●

SIGLO XX >> SOBRE LA VIDA DE CAP

Una figura trágica

Narrado desde el privilegio de haber sido amigo y testigo directo de hechos decisivos en la vida de Carlos Andrés Pérez (1922-2010), Antonio Ledezma (1955) —abogado, diputado y senador al Congreso Nacional de la República, ex alcalde del Municipio Libertador y ex alcalde Metropolitano— ha publicado *Carlos Andrés Pérez. El presidente que murió dos veces* (Editorial Almuzara, España, 2022), que incluye el prólogo de Sergio Ramírez, que se reproduce a continuación

SERGIO RAMÍREZ

Hay biografías de hombres de estado que se escriben desde la cocina del poder, como esta de Antonio Ledezma sobre la vida de Carlos Andrés Pérez, y entonces el lector puede acompañar al autor en una exploración íntima que va más allá de los documentos oficiales y de los periódicos de la época buceados en las hemerotecas.

Como lectores buscamos siempre un retrato del ser humano, de su intimidad, de sus debilidades y sus fortalezas, de sus cualidades y de sus defectos. Y qué mejor si ese retrato lo hace alguien que, como en este caso, estuvo siempre tan cerca del personaje; tanto que, cuando tras su muerte en el exilio en Miami en 2010, al fin su cadáver, sometido a litigio judicial, pudo ser repatriado a Venezuela un año después, fue Antonio Ledezma quien lo acompañó en el vuelo de regreso desde el aeropuerto de Atlanta.

He terminado de leer este libro, exhaustivo y detallado, que se ampara en múltiples fuentes, pero sobre todo en las propias percepciones del colaborador y del amigo, y en su propia memoria, y tengo ante mí a Carlos Andrés Pérez, tal como yo lo conocí o logré entreverlo.

Me cuesta creer que se vaya a cumplir este año un siglo de su nacimiento, y no hay otra fecha más propicia para rendirle este homenaje, que es también una rendición de cuentas de su vida, juzgado por distintos testigos que el autor trae a estas páginas y que dan cuenta de su larga trayectoria en la vida pública, pero que también enseñan mucho de su vida privada; y, como pensaba Balzac, la historia privada es la historia de las naciones.

Antonio Ledezma me devuelve la imagen de Carlos Andrés Pérez, sobre todo, como la de un hombre de pensamiento y de acción, dedicado su vida entera a la política, casi desde niño; entrenado, desde abajo, escalando posiciones dentro de la maquinaria del partido Acción Democrática; encumbrado desde muy joven en posiciones de poder, al lado de dos presidentes, Ró-



CARLOS ANDRÉS PÉREZ / ©ERNESTO MORGADO

mulo Gallegos y Rómulo Betancourt; conspirador nato en favor del restablecimiento de la democracia y perseguido por la dictadura de Pérez Jiménez; exiliado largos años y periodista en el exilio; ministro de Estado en diferentes carteras, hasta alcanzar la presidencia de la república por dos veces.

Un hombre energético, incansable tanto en el trabajo en su despacho presidencial como en sus recorridos por todo el territorio de Venezuela, cuyo lema de campaña electoral fue una vez “El hombre que camina”; y, como Antonio Ledezma lo cuenta bien, siempre fiel a su idea de que, para descansar, mejor esperar al descanso eterno; mientras tanto, había demasiadas cosas que hacer.

Ese optimismo que rara veces lo abandona está resumido en la frase suya que está desarrollada en este libro: “Llueve y escampa”. Para él, la política era eso: si te cae encima la lluvia del infortunio y de la derrota, un día escampará, y vendrá el triunfo. Pero al final de su vida, ya no le escampó, a pesar de todo su optimismo, de sus agallas y su disposición a la pelea.

Y no podemos dejar de verlo sino como una figura trágica, porque al final de esa carrera fulgurante lo que le aguarda es el abismo. La caída, la pérdida del poder, la condena judicial, la cárcel, la expulsión de las filas de su propio partido, el abandono de parte de muchos de sus viejos colaboradores, las decepciones más amargas, la pobreza y el exilio final, en el que muere, en la cama de un hospital en Miami.

Su figura recuerda en mucho a la del rey Lear, derrotado por sus propios juicios equivocados, por su exceso de confianza en la lealtad de otros, descuidado de las traiciones palaciegas.

Las tragedias políticas se sellan con errores de juicio que solo se advierten ya tarde, cuando son agua pasada. Y él llegó a reconocer como una equivocación capital el haberse vuelto a presentar como candidato a la presidencia en 1988, en vez de dar paso a otra figura de relevo que encarnara el cambio generacional dentro de las filas de Acción Democrática, un viejo partido fundacional que llegó a tener una estructura sólida, pero que nunca dejó de ser dominado por los viejos patriarcas, reverenciados, escuchados y temidos; él mismo, al final, uno de ellos.

Hay una brecha que se abre, ominosa, entre los dos periodos presidenciales de Carlos Andrés Pérez, el primero, que comienza en 1974, y el segundo, interrumpido por su destitución en 1993. Su presidencia inicial es la del reformador, que aprovecha los cuantiosos recursos naturales del país para impulsar programas de gran envergadura, social y cultural; nacionaliza los recursos petroleros, expande

la producción petroquímica y la generación hidroeléctrica y coloca a Venezuela en el plano internacional como un actor de primera línea, no solo en la política latinoamericana, en la cual adquiere un importante liderazgo, sino también mundial.

Para su segunda presidencia, aunque vuelve a ganarla en base al capital político de su enorme popularidad, los tiempos habían cambiado, y el concepto del papel del Estado en la economía también. Las realidades son otras ahora, y poco a poco irán emergiendo a la superficie: la caída de los precios del petróleo y el crecido endeudamiento externo del país imponen ajustes, severos e impopulares, ante los fantasmas de la inflación y la devaluación. Y ahora se trata de privatizaciones, como antes de nacionalizaciones.

El Fondo Monetario Internacional aparece de por medio, y hay que pagar un alto costo de profundas repercusiones políticas por el programa de ajustes. Entre otras cosas, congelar los salarios y subir el impuesto de la gasolina —más barata siempre en Venezuela que el agua embotellada— rompían con la inveterada creencia, toda una mitología social, de que el petróleo era de los venezolanos y por tanto debía ser prácticamente gratuito.

En 1989 llega lo impensable para un hombre que basaba su poder en el respaldo popular, cuando se da el Caracazo, un estallido social que lleva a miles a las calles en demostraciones populares que terminan en saqueos. Al ser reprimidas violentamente por el ejército, que recibe el mandato presidencial de salir de los cuarteles a restablecer el orden, al haber sido avasallada la policía, ya el discurso oficial se vuelve ineficaz para contener el descontento, y la voz presidencial resulta debilitada.

Pero aquella no era solo una rebelión contra políticas económicas impopulares, sino contra un sistema que se había agotado, y el establecimiento político no terminaba de advertirlo. Era el anuncio de que el Pacto de Puntofijo, el acuerdo de gobernabilidad firmado en 1958 tras el derrocamiento de la dictadura de Pérez Jiménez por las dos fuerzas fundamentales, los socialdemócratas de AD y los socialcristianos de COPEI, había llegado a su fin.

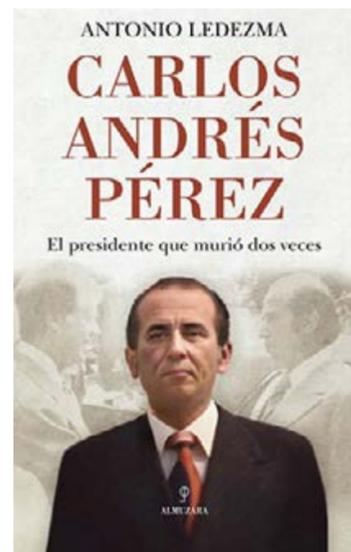
Como consecuencia vendrán en 1992 dos intentos de golpe de Estado, el primero protagonizado por el teniente coronel Hugo Chávez, y aunque ninguno de ellos resulta exitoso, y Carlos Andrés los enfrentó con energía y decisión, demostraron las fisuras del sistema, que ya hacía agua. Por mal que lo quisiera, él se convierte en el enterrador de aquel pacto, que había funcionado a lo largo de más de cuatro décadas. Y este papel es parte también de la composición de su figura trágica.

En 1993, tras su inhabilitación para seguir ejerciendo la presidencia, acusado de malversación y peculado, eje de la trama para sacarlo del poder, Octavio Lepage lo sucedió como presidente interino por muy breve tiempo; y cuando dejaba el cargo se despidió con un discurso que aparece citado en este libro, en el cual advertía que el Pacto de Puntofijo había llegado a su fin, y era la hora de la renovación y el cambio:

“Esa verdad es verificable y quien pretenda ignorarla nada tiene que buscar y debería ser puesto a un lado por la marcha incontentible del país hacia adelante que se plantea un cambio político, económico y social”.

Ya era tarde. El líder socialcristiano Rafael Caldera, en cuya casa se había firmado el pacto en 1958, gana las siguientes elecciones de 1993, pero lo hace desde fuera del sistema, apoyado por una abigarrada alianza política bauti-

“Su figura recuerda en mucho a la del rey Lear, derrotado por sus propios juicios”



zada como “el Chiripero”, y lejos de las tiendas de su propio partido que lo expulsa de sus filas. Y es él quien concede indulto a Hugo Chávez, preso por sedición, abriéndole así las puertas del poder.

El COPEI, igual que su viejo adversario AD, ya entraba en crisis final, cuando en la campaña de 1998, ante la desesperación de poder derrotar la candidatura de Chávez, que de golpista se había convertido en héroe popular, dio su apoyo a una antigua reina de belleza, Irene Sáez, alcaldesa de Chacao, ya sin capacidad de presentar candidato propio.

Carlos Andrés Pérez no se rindió nunca ante las adversidades que lo abrumaban, y en medio de su fin trágico no dejó de dar la pelea; y gracias a ese tesón de resistencia le escapó por última vez, cuando metiéndose entre los escollos de las causas judiciales en su contra, se presentó en 1998 a candidato como senador por su estado natal de Táchira, en la casilla de su nuevo partido, Apertura, y resultó electo. Pero tras el triunfo presidencial de Chávez en diciembre de 1999 vino casi enseguida la convocatoria a la Asamblea Constituyente, volvió a presentarse a la diputación, y ya no obtuvo el escaño, a pesar de su gran caudal de votos, porque las nuevas reglas del juego electoral lo dejaron en desventaja.

En una entrevista de 1997 para el programa de televisión *Primer plano*, conducido por el periodista Marcel Granier, Carlos Andrés, quien juzgaba ya inevitable el triunfo de Chávez, dijo de manera profética:

“Si gana Chávez, se avizora una dictadura y nosotros sabemos lo que es una dictadura. Aquí no habrá ley, derechos de expresión, las cárceles se abrirán para quienes no estén de acuerdo con ese gobierno, no se le permitirá a nadie disentir y todos los problemas se harán más graves aún”.

La crisis de credibilidad del sistema político, el rechazo del electorado a ese viejo sistema lastrado por la corrupción y los desaciertos y el fracaso en lograr una justa distribución de la riqueza cimentada en los recursos petroleros daban paso a una figura mesiánica que llenaba el aire de promesas que, aunque demagógicas, generaban ilusiones. Y era tal esa crisis que haber encabezado un golpe de Estado fracasado, en lugar de un estigma, era frente a los electores un factor de prestigio, tanto como para que Chávez recibiera el 56% de los votos en las elecciones de diciembre de 1998.

Para Antonio Ledezma, el biógrafo de Carlos Andrés Pérez, hay un antes y un después en la lucha por la democracia en Venezuela. Dirigente estudiantil y militante de Acción Democrática desde muy joven, fue electo diputado al Congreso Nacional por dos periodos, en 1984 y en 1989, y cuando Carlos Andrés llegó a la presidencia por segunda vez lo designó en 1992 gobernador del Distrito Federal, que comprendía la capital.

En 1994 es electo senador y ocupa la vicepresidencia de la cámara. En 1996 es electo por cuatro años alcalde del municipio Libertador de Caracas, y en 2000, tras aspirar a la presidencia de AD, abandona sus filas y funda el nuevo partido Alianza Bravo Pueblo.

En 2008 gana las elecciones de alcalde Metropolitano de Caracas, como candidato de la oposición unida, derrotando al candidato oficialista, y debe abrir una intensa lucha para que su triunfo sea reconocido por el régimen de Chávez, al punto de declararse en huelga de hambre.

Es electo de nuevo en 2013, hasta que en 2015 es apresado por el SEBIN, la policía secreta, acusado de sedición por el gobierno de Nicolás Maduro, sucesor de Chávez en la presidencia. Tras su reclusión en la cárcel de Ramo Verde, recibe la casa por cárcel y logra fugarse del país en 2017.

Ahora en el exilio en España, donde ha escrito este libro, su propia vida y sus reflexiones nos recuerdan que la lluvia sigue cayendo sobre Venezuela, sin que aún escape. Pero el sol termina siempre saliendo. ☀

ENSAYO >> LA LENGUA BAJO EL FUEGO DE LA DICTADURA

"Su trabajo se parece más bien al de un taxonomista que se dedica a diseccionar una a una las palabras claves y la gramática que las orquestan; la acepción intencional de los términos que como dardos envenenados de ideología han sido impuesto y popularizados desde el poder"

TULIO HERNÁNDEZ

En una de las últimas entrevistas que ofreció el gran poeta Eugenio Montejo dejó caer una frase que recuerdo cada vez que escucho o leo algunas de las atrocidades, manipulaciones y exabruptos que suelen utilizar en sus intervenciones públicas los jerarcas chavistas y sus aparatos de propaganda y guerra psicológica.

Montejo dijo: "Una de las primeras acciones de todo régimen totalitario es enturbiar el lenguaje". Como en su hacer poético, fue preciso. No dijo manipular, pervertir, o degradar. Dijo "enturbiar".

Término que suele tener dos acepciones. Una, "poner turbia una cosa", es decir, lograr que pierda su transparencia y su claridad. Y otra, la ofrecida por el *Oxford Dictionary*, "hacer que disminuyan o se pierdan las características positivas (alegría, orden, claridad, tranquilidad, etc.) de determinada situación".

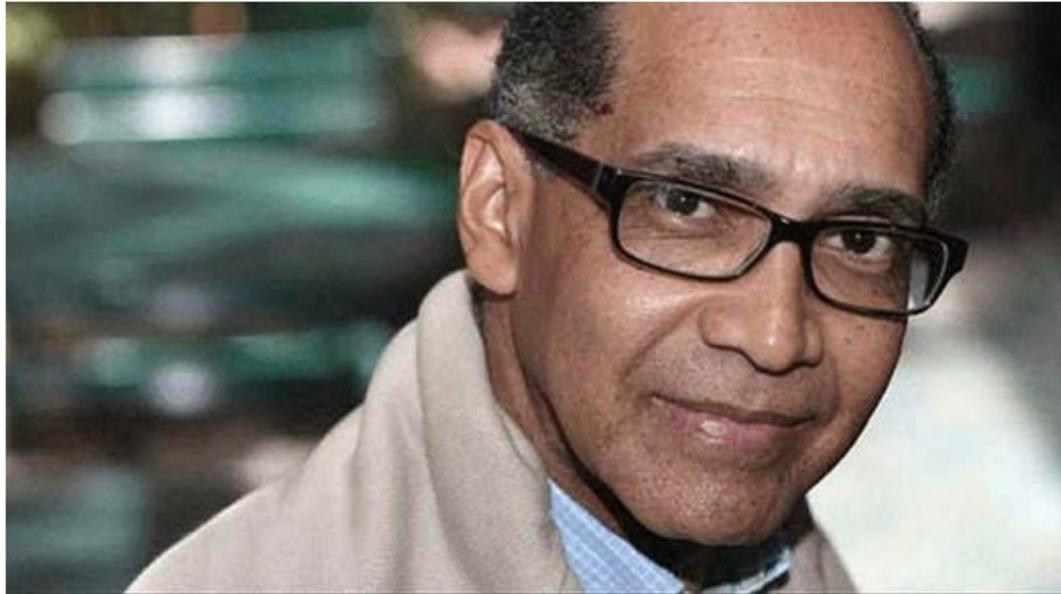
Es evidente que Óscar Lucien, el autor de este peculiar libro que ahora tengo el gusto de prologar, comparte y ha hecho suyo este principio de Montejo. Por eso sostiene, es lo que se concluye luego de leerlo, que uno de las primeras acciones explícitas de este totalitarismo *sui generis* conocido como "Socialismo del siglo XXI" ha sido, efectivamente, enturbiar el lenguaje. Convertir el discurso político en un potaje indigesto y el habla común en un artefacto caza-bobos a través de —entre otros ardid— la construcción de un sistema lingüístico propio, explícitamente concebido como aparato de manipulación.

Por eso Lucien se ha visto tentado a ilustrar, a través de ejemplos concretos del habla de Hugo Chávez y sus seguidores, aquello que —tomando el término del gran escritor Georges Orwell—, ha asumido como una *neolengua*. Es decir, escuchemos a Orwell, un sistema lingüístico creado como lengua oficial de una nación totalitaria con la intención no solo de proveer un instrumento de expresión e imposición de las creencias y hábitos mentales de los ideólogos del régimen sino, al mismo tiempo, imposibilitar la existencia, la mera posibilidad expresión, de formas alternas de pensamiento.

Para lograrlo, el autor ha organizado un compendio de términos reunidos a la manera de un diccionario del horror haciéndolo no como curiosidad académica sino como ejercicio de responsabilidad ciudadana para demostrar una intención, manipulación y perversa utilización del habla y la lengua como un instrumento más de control social y guerra psicológica.

Escuchar la cháchara de Hugo Chávez podría parecer un mero divertimento caprichoso. Para decirlo en el habla popular venezolana, "una joda". Pero esa era solo la apariencia. Adentro de lo aparentemente ingenuo, viajaba el veneno. Lo alertó Orwell, con justificada angustia ya ocurrido el nazismo: una vez que la neolengua ha sido adoptada y la lengua anterior queda olvidada, se hace

Oscurecer el lenguaje, castrar el pensamiento libre



ÓSCAR LUCIEN / ARCHIVO

impensable —o por lo menos muy difícil— que surja o exista un pensamiento crítico, herético o divergente de los principios del régimen.

El pensamiento en cualquier de sus formas se construye a partir de la palabra. Con las palabras. Y si el significado de las palabras comienza a depender directamente del poder, la posibilidad de trasgresión crítica, incluso solo desde el pensamiento, queda totalmente maniatada. Lo expresa de manera tristemente divertida un diálogo de *Alicia en el país de las maravillas*, citado páginas adentro:

—Cuando yo uso una palabra —insistió Humpty Dumpty con un tono de voz más bien desdeñoso— quiere decir lo que yo quiero que diga, ni más ni menos.

—La cuestión —insistió Alicia— es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes. —La cuestión —zanjó Humpty Dumpty— es saber quién es el que manda. Eso es todo".

La eficacia maligna de ese acto de poder ejercido a través de algo aparentemente tan inocuo o espontáneo como el lenguaje, es lo que pretende demostrar Lucien. El hecho central estriba en que desde el primer día de gobierno —o quizás mucho antes, desde el fallido intento de golpe de Estado en febrero de 1992—, como parte de una lógica aprendida de los aparatos propagandísticos de los comunismos, fascismos y populismos de izquierda y derecha, el chavismo se dedicó a crear una semántica paralela.

Es una evidencia incontestable. Se trataba de dotarse de un orden mental desde donde manipular a su antojo a la población e imponer una nueva visión de la historia, la política, el poder, el pasado y el futuro de una nación llamada Venezuela sin que la población se pudiese percatar a tiempo de lo que estaba ocurriendo.

La operación articuló una batería de nuevos términos; un proceso de sustituciones toponímicas; un abanico de frases hirientes y degradantes; elogiosas autoreferencias heroicas, místicas y guerreras, y; sobre todo, la generalización de la palabra sucia y el lenguaje despectivo y soez.

Desde que comenzó a perfilarse con claridad el carácter antidemocrático, militarista, premoderno, represivo y violador de los derechos humanos del "Socialismo del siglo XXI", Oscar Lucien se hizo un sereno más severo y crítico de ese proyecto político. Pero como estamos ante un sociólogo de formación, que ha sido desde que le conocí en tiempos de estudiantes universitarios un apasionado del lenguaje y estudioso de la dimensión simbólica de la realidad, además de un creador en el cine y la fotografía, su crítica no es una denuncia cualquiera que enumera los abusos del régimen.

Su trabajo se parece más bien al de un taxonomista que se dedica a diseccionar una a una las palabras claves y la gramática que las orquestan; la acepción intencional de los términos que como dardos envenenados de ideología han sido impuesto y popularizados desde el poder; de modo que —una vez convertidas en sistema lingüístico dominantes— operen como eficientes transmisores y formas cotidianas de comunicación que vehiculan la nueva concepción de la historia y la política que el régimen se propuso construir.

No hay nada ingenuo ni casual en la neolengua chavista. No es un asunto de picaresca o de espontaneidad personal del líder populachero y parlanchín. Detrás de términos como "majunche" o "escuálido"; "patriota cooperante" o "guardianes de la patria"; de frases como "rodilla en tierra" o "círculos bolivarianos"; periodizaciones históricas como "cuarta" o "quinta república"; anatemas despectivos como "apátridas" "o "traidores a la patria", hay una armazón conceptual subyacente, que al tiempo de denigrar moralmente a los adversarios y satanizar todo acto de disidencia, apunta a crear un nuevo orden moral, un desprecio al mundo civil y un culto al pasado heroico de los próceres de la independencia.

Para terminar esta presentación, quiero sugerir dos lecturas más de este texto. La primera, histórica. La segunda semiótica. La histórica, porque, para decirlo en el lenguaje de las páginas rojas periodísticas, además de desmontar el *modus operandi* de la *neolengua*, la sucesión explicativa de los términos se convierte por sí sola en una especie de cronología de abusos de poder que nos ayuda a revivir —a no olvidar— los peores momentos de estas décadas oscuras. Y ese proceso de es por sí una memoria histórica.

La lectura propiamente semiótica implica asumir, en su acepción más sencilla, que todo acto de comunicación siempre tiene una intencionalidad subyacente. Pero cuando esa intencionalidad se torna patológica, cuando forma parte de un aparato de dominación como el que Goebbels puso en práctica en el nazismo, y Orwell desmontó con precisión en su novela *1984*, entonces ocurre lo que el filólogo Víctor Klemperer describe con precisión: las palabras comienzan a actuar como dosis mínimas de arsénico que nos vamos tragando sin darnos cuenta (en lo inmediato no hay síntomas visibles), hasta que pasados los días, como una bomba de tiempo, estallan en la conciencia colectiva sus efectos tóxicos y demoleedores.

Cinco son a mi juicio, releyendo a Lucien, las estrategias discursivas que puso en práctica el chavismo. Una, *la deshumanización del adversario*, para justificar así su persecución y en lo posible su eliminación: ya sea moral, política o cuando sea necesari-



rio, física. Como hizo el comunismo cubano: el adversario no es gente, es un "gusano". Para el chavismo tampoco quien se opone es respetable: es "majunche", un "apátrida", un "traidor a la patria", una "mierda".

Dos, *la introducción de un culto verbal cuasi religioso a los seguidores del Proyecto*, cursilón pero eficiente, edulcorado a lo "nueva trova cubana", pero respetado como rezos o salmos: los agentes cubanos no son represores son "invasores del amor"; el socialismo no es una tragedia colectiva, es "el mar de la felicidad"; la revolución es "bonita"; el panteón donde reposan los restos mortales del caudillo no el Museo Militar, es "el Cuartel de la montaña"; Hugo Chávez no es un líder ya cadáver, es el "Comandante Eterno".

Tres, *la transferencia del lenguaje militar al universo de los civiles junto a la desvalorización de lo civil*. Los testigo en las mesas son "lanceros"; las electorales no son campañas, son "operaciones"; los militantes políticos no hacen proselitismo, están "rodilla en tierra", todo se hace bolivariano: el país, los círculos de activistas, los planes de asistencia social.

Cuatro, *la multiplicación del odio de clases a través de la naturalización de la palabra sucia, el lenguaje soez y las escenas escatológicas*. En su libro *Ensayos sobre la propaganda fascista*, Theodor Adorno, teórico de tendencia marxista de la conocida Escuela de Frankfurt, sostenía que Hitler era venerado por las masas no a pesar de sus vulgaridades y sus obscenidades. Era lo contrario, que "Hitler era venerado por las masas precisamente por sus obscenidades y sus ordinarietades". Chávez y los suyos lo llevaron al máximo: decían "mierda" en público como quien dice "girasol", o "colibrí" —"victoria de mierda", "yanquis de mierda", "vayan a lavarse ese paltó"—; acusaban de pederastas y pedófilos a los sacerdotes, a todos por igual. El comandante le ofrecía su esposa frente a millares de personas que esa noche "le iba a dar lo suyo", es decir, al llegar a casa la iba a penetrar con ímpetu, o pasaba largos minutos relatando por la televisión como, en medio de una gira presidencial, tuvo que defecar en un monte cuando una indigestión lo atacó de improviso. Chávez hizo de lo obsceno una virtud y de lo escatológico un acto heroico.

Cinco, *la resemantización de términos en apariencia discriminatorios para darse a sí mismo el papel de justiciero redentor*. A los "damnificados" trató de llamarles "dignificados". A los "malandros" los hizo "buenandros". A los "presos", "privados de libertad". A las "prostitutas", "trabajadoras sexuales" (García Márquez hubiese ido preso por su libro *Memorias de mis putas tristes*) y a los paramilitares rojos —civiles armados, agentes de la represión a opositores—, los honró como "patriotas cooperantes" o "guardianes de la patria".

Y, por último —dejo por fuera otras operaciones más—, la utilización de una terminología en apariencia "académica" para imponer su nueva concepción de la historia y el poder.

A la oposición democrática la llamó, condenándola para siempre, "la derecha", no importaba que de ella participan movimientos de origen marxista como Bandera Roja o socialdemócratas como AD y Un nuevo Tiempo. A Estados Unidos lo estigmatizó sin retorno como "El Imperio". Las FARC no eran terroristas narcotraficantes eran "una fuerza legal beligerante" que merecía ser reconocida como tal. Marulanda no era un matón sino un héroe ejemplar. Y la historia venezolana se dividía en cinco repúblicas. La peor era la cuarta, la de la democracia civil. La mejor, el reino de la felicidad, la quinta, la que bajo su conducción se estaba construyendo.

Lo triste es que muchos de sus adversarios terminaban hablando como él, llamaban sus propios períodos de gobierno democráticos como "la cuarta". Se definían a sí mismos como "escuálidos". Y podría incluso no imaginarse, para reír y no llorar, que en vez de cantar aquella pieza popularizada por el Quinteto Contrapunto que decía "A mi negra la quiero/ y la quiero/ más que la cotiza que llevo en mis pies", sumisamente cambiaban la letra y decían: "A mi afrodescendiente la quiero/ y la quiero/ más que el calzado ancestral dignificado que llevo en los pies".

Coda

Con Oscar Lucien, hace muchos años, quizás en la penúltima década del siglo XX, incursionamos en un género de escritura periodística semanal hecha a cuatro manos —en *Séptimo día*, el dominical del diario *El Nacional*—, que hoy podríamos llamar "crítica sería de televisión".

Me explico. Para esa época los programas de televisión eran analizadores en la prensa confiable solo para condenarlos desde una perspectiva generalmente marxista, o eran piezas frívolas del periodismo rosa y las páginas de espectáculos. Inspirados en Roland Barthes, por entonces el semiólogo de moda, que era capaz de analizar por igual, rigurosamente, con los agudos instrumentos de la semiótica o de la lingüística, el significado para la cultura francesa de un bistec acompañados con papas fritas y un vino tinto, o los simulacros del catch-as-cancán, Lucien y quien esto escribe nos dedicamos a analizar con similar intención los contenidos de la televisión venezolana: las operaciones discursivas del melodrama tele novelesco, el lenguaje de los programas de opinión, la retórica de los spots publicitario o la épica de los concursos de belleza.

Por eso no me extraña para nada, por el contrario, lo celebro con entusiasmo, que Lucien haya regresado a estos análisis del lenguaje y los símbolos de la vida cotidiana pero esta vez para desmontar y alertar sobre una de las más perversas operaciones ideológicas que se haya llevado a cabo en nuestro país. ☉

**Neolengua roja rojita*. Óscar Lucien. ABediciones, Caracas, 2022.

PUBLICACIÓN >> LA POLÍTICA Y LOS VALORES

Entrevista a Ramón Guillermo Aveledo

NELSON RIVERA

Parece existir una tendencia creciente a un ejercicio de la política, alejado de las ideas o de la ideología. Como si la dimensión pragmática de la lucha por el poder fuese la política suficiente. ¿Qué consecuencias o riesgos tiene una política de espaldas a las ideas?

En las ideas políticas hay diferentes planos: valores, doctrina, ideología y finalmente programa. Corrientemente se llama pragmática a la aproximación que centrada en la acción inmediata se limita a un programa, sin referencias en alguno de los otros tres niveles que ordenan a los fines. Creo que incluso como denominación, esa visión es equivocada, difícilmente es práctico un medio desvinculado de fines. Como cualquier actividad, sin propósitos la política es un despropósito. Y el poder por se no basta, porque carece de sentido. El riesgo de una política vacía de ideas es que carezca de movimiento, como no sea caminar en círculo, inevitablemente vicioso. El precio lo paga la sociedad y tarde o temprano, también el político presuntamente “pragmático”.

Propone una reivindicación de los valores como fundamento de la acción política o la acción en el espacio público. ¿A qué valores se refiere?

Primero, hay que tener ideas claras acerca de qué es y qué no es el poder, para qué sirve y para qué no sirve. Los valores que pueden servir de guía a un político hoy, podríamos resumirlos en los derechos humanos y su desarrollo, cuyo fundamento es la dignidad de la persona, sus posibilidades de realización plena, tanto en su dimensión de individualidad personal, como en esa por natural inseparable que es su dimensión social o comunitaria. Los valores que profeso en su raíz son cristianos, aunque sus antecedentes provengan del judaísmo y la cultura de Grecia y Roma. Cristianos que no son solo católicos como lo era Maritain. No son casuales los capítulos que el libro dedica a Angela Merkel, luterana y a Martin Luther King, evangélico del Sur de los Estados Unidos. Valores que explico, con sus tensiones al enfrentar las realidades de su tiempo, en la experiencia de gobierno de Biden, católico irlandés y confeso maritainiano. Valores como la libertad y la responsabilidad que son mellizas univitelinas. Juntas posibilitan que la justicia, la solidaridad, la paz, la prosperidad con inclusión sean posibles. Los valores se hacen asibles en la medida que su guía sirva para moldear la acción. Se expresan en instituciones y en vida social real. El trabajo de la política, lo anoto allí varias veces, es hacer posible lo necesario.

El ensayo dedicado a Guillermo Yepes Boscán me ha hecho pensar que él formó parte de una generación de políticos que tenían un lazo tendido a la historia, a la cultura. Compartían un respeto activo por el saber. ¿Ha cambiado eso? Mi sensación es que entre los políticos más jóvenes, quizás con alguna excepción, hay menos comprensión de lo humanístico.

La cosa para mí es sencilla: sin la vida humana, la política no tiene vida. Lo difícil, sin embargo, a veces es comprenderlo y practicarlo. Guillermo Yepes Boscán fue un buen ejemplo del empeño por esa noción humana, honda y ancha de la política, por eso me parece útil hablar de él a los políticos jóvenes, a quienes va dirigido principalmente este libro. En ellos está mi esperanza, aunque confieso que a veces me confunden o giran contra la cuenta de mi paciencia que no es infinita.

Una relación muy novedosa para mí, es la que usted establece entre Las Tablas del Pacto y la idea judía de la democracia. ¿Lo explica a nuestros lectores?

Me atrevo con ese tema, que me

Tres veces diputado al Congreso de la República, individuo de Número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, autor de varios libros sobre parlamento y legislación, presidente del Instituto de Estudios Parlamentarios Fermín Toro, Ramón Guillermo Aveledo ha publicado un volumen de 10 ensayos, vertebrados alrededor de la cuestión de *La política y los valores*



RAMÓN GUILLERMO AVELEDO / ©VASCO SZINETAR

parece invita a más estudio del que generalmente se le ha dado. La democracia es un gran aporte de Occidente a la humanidad toda. Se habla, no siempre bien, por cierto, de una civilización judeo-cristiana y vale, aunque no sería posible prescindir de la herencia greco-romana. En ese contexto, los Diez Mandamientos son un código moral para la vida personal y la convivencia en sociedad que incide en judíos y cristianos. Hubo una trayectoria histórica concreta, no siempre democrática, como en todo Occidente. Pero el sentido de esa historia ha avanzado, con dilaciones, retrocesos y desvíos, hacia el poder institucional, no personal; limitado, no absoluto; distribuido, no concentrado. Es decir, democrático. Y esa noción se ha esparcido, con ejemplos notables de éxito, hacia sociedades no occidentales. En la idea judía de democracia notaremos la impronta bíblica en su contrato social, la igualdad y el derecho a la participación pluralista.

Se refiere al libro recién publicado por Diego Bautista Urbaneja, en el que este señala que la IV República, nacida bajo el diseño de la Constitución de 1961 era ideológicamente ecléctica. ¿Los fundamentos republicanos deben aspirar a una mayor cohesión o es saludable que en ellos convivan elementos plurales?

El reconocimiento a la naturalidad de la diversidad pluralista no implica eclecticismo. Es parte del armazón valorativo de la democracia que solo así puede asimilar lo diverso. Una de las ventajas de la democracia es su progresivo enriquecimiento desde la noción liberal hacia la social y a la más nueva, calificada por autores como Meier de los derechos humanos. Esa ampliación y profundización no elimina lo avanzado, al ampliarlo y profundizarlo, lo mejora. Recién estoy leyendo un interesante libro relacionado al tema, es de Yascha Mounk, *El gran experimento*, acerca de por qué fallan las democracias diversas y cómo hacer que funcionen.

“La carta democrática” de Maritain, ese consenso democrático compartido, puede aportar la coherencia necesaria para procesar la diversidad que es natural. Por eso dedico a una lectura actual de ese documento, escrito en 1951, el capítulo de cierre de mi libro *La política y los valores*.

Sobre el propósito de alcanzar una cierta moderación en la política -confrontar sin excluir-, ¿qué

mecanismos pueden hacerla posible en ambientes signados por la polarización?

La política trata de encontrar equilibrios que tienen que ser justos. En el pensamiento venezolano, desde Fermín Toro para acá debería ser cuestión dilucidada. Pero claro, no es tan simple. En la procura de los equilibrios no hay estación final, solo escalas. Porque humanamente hablando, perfecto no hay. Siempre será perfectible. Y surgirán nuevos desafíos. Una “fórmula” aplicable, en su acepción de método práctico para resolver un asunto, sería: claridad de fines, respeto a todos y reglas que lo garanticen efectivamente.

La democracia nos pide convivir con opiniones y formas de vida que reprobamos, dice Savater con razón. Tolerancia no es equidistancia ni neutralidad, nace de la conciencia de nuestra falibilidad, de la certeza de nuestros errores y es consecuencia lógica de nuestra aspiración a que los otros nos acepten como somos. Los extremismos, los fanatismos, eso que llaman los radicalismos, son en esencia antidemocráticos por intolerantes y envenenan la convivencia en paz. De Aristóteles en adelante, es decir desde hace bastante más que dos mil años, la cosa está en buscar el justo medio. Hay quien de la expresión lee solo “medio” y dispara, pero no se fija que antes viene “justo”. El “medio” no es equidistante, debe ser “justo”.

El pensamiento de Jacques Maritain es una especie de espina dorsal de su libro. ¿Podría contarnos de Maritain y sus ideas?

Así es, el libro propone, justamente, una lectura actual de Maritain, en la teoría y en las experiencias. Aparte de su influencia en mi idea de la dignidad humana, de la sociedad, incluso la mundial y la política, lo considero uno de los filósofos políticos imprescindibles del siglo XX, con una proyección en el XXI que puede ser fértil a cuando intentamos desanudar cuestiones retadoras, relativas a la libertad y a la organización social y política que posibilite su desarrollo.

Nacido protestante en 1882, se casa con una judía y juntos se convierten al catolicismo. Francés se va al exilio en Estados Unidos cuando los nazis invaden su patria. Graduado en la Sorbona y discípulo de Henri Bergson y su humanismo vitalista. Se le cataloga neo-tomista y en 1944 en Nueva York y 1947 en París publica *De Bergson a Tomás de Aquino. Ensa-*

yo de metafísica y de moral.

Según propia confesión “nunca soñó guiar a nadie”, sin embargo, se advierte su impronta en grandes decisiones y acontecimientos trascendentes de su tiempo. Sus ideas fueron muy influyentes en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de Naciones Unidas, la reconstrucción de las democracias de Europa después de la II Guerra Mundial, la formación de esa gran proeza política del siglo XX que es la Unión Europea e incluso en el Concilio Vaticano II, convocado por Juan XXIII y desarrollado bajo la égida de Pablo VI, el cual marcó un hito en la historia del catolicismo.

En lo político, me parece, sus obras de mayor impacto son *Humanismo Integral* (1935), *Principios de una política humanista* (1944), *La persona y el bien común* (1947) y *El hombre y el Estado* (1951), pero no solo piensa y escribe filosofía política, se ocupa de la lógica, la metafísica, la teoría del conocimiento y escribe para la comprensión de la filosofía y de filosofía moral, de la educación, del arte, de la poesía, de la naturaleza. Las obras completas de Maritain y su mujer Raisa Oumansoff se reúnen en dieciséis volúmenes.

Su ensayo sobre Angela Merkel es también un homenaje. Vista desde Venezuela, ¿por qué podría interesarnos?

Es un homenaje, ciertamente, aunque trata de distanciarse del mero elogio. Porque no hay liderazgo perfecto y su evaluación es contemporánea e histórica. Su balance entre valores y pragmatismo me parece de mucho valor. Sin dogmatismo ni oportunismo. Su capacidad para procurar y encontrar zonas de entendimiento y políticas comunes en estos tiempos tan demandantes. En su país, tanto en el seno de su familia política de los partidos hermanos la Unión Demócrata Cristiana alemana y la Unión Social Cristiana bávara, así como con socios de coalición, fueran liberales o socialdemócratas; también en Europa y en la escena mundial.

Su condición de mujer en un espacio dominado por hombres, así como su formación en el ambiente hermético de la extinta RDA, el extinto Estado socialista del Este alemán ocupado por la Unión Soviética donde, en sus propias palabras, “siempre nos topábamos con límites antes de poder descubrir nuestros límites personales” y, sin embargo, poder adaptarse

con éxito a la política y la sociedad abierta de la Alemania unida. Adaptarse sí, pero no instalarse, como diría Mounier. Con una comprensión de la realidad siempre inconforme, para buscar modos de introducirle cambios. Para no alargarme tanto como me provocaría, creo que como venezolanos de hoy nos convendría tener presente aquel letrerito en su despacho “la fuerza se encuentra en la serenidad”.

Entre muchos pensadores demócratas hay una alarma, la presunción, hipótesis o simple intuición de que el modelo de democracia liberal ha entrado en un declive o en su trecho final. ¿Es reversible ese proceso? ¿Para permanecer deben cambiar las bases del modelo que hemos conocido hasta ahora?

Tiene razón, abundan más los motivos que las razones, pero es un dato relevante y no solo en los países del tercer mundo, cuyos resultados son tan decepcionantes, sino en Europa, el Japón o los Estados Unidos. Al respecto, recordemos primero que la democracia liberal no se quedó estacionada en su pasado más remoto, ha ido cambiando al impulso de los cambios de la realidad social. Dejó de ser burguesa, por ejemplo, cuando se incorporaron las masas proletarias a la política y a las decisiones. Se hizo democracia social con el constitucionalismo de México, de Weimar o de la Segunda República española, pero se declaró tal por primera vez en la Ley Fundamental Alemana de 1949 y de ahí en adelante ha seguido desarrollándose. Ahora enfrenta nuevos retos. Ha cambiado el *demos* (pueblo) y sin embargo, el *krátos* (gobierno) no lo ha hecho al mismo paso. Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación han introducido mutaciones dramáticas, se han ampliado exponencialmente los medios para informarse, lo cual en principio es bueno, pero la información “pulverizada” no es necesariamente nutritiva o de digestión sencilla, con la secuela de que ya no hay ágora donde encontrarnos. Surgen los populismos que miren a la derecha o la izquierda, apelan sobre todo a prejuicios y sentimientos. Anne Applebaum habla del “señuelo seductor del autoritarismo”. Los autoritarismos, máxime si son o tienen vocación totalitaria, tienen una “ventaja” en su afán de conservar el poder a toda costa que es desventaja, insuficientemente apreciada por las sociedades libres que la dan por descontada, reducen la libertad de expresión y el derecho a la información, a veces hasta extinguirla. Runciman habla de un nuevo “solucionismo” acelerado por la revolución digital, los partidos son impactados por una política personalizada que dificulta la representación. Este politólogo de Cambridge ve en la democracia una “crisis de la mediana edad”. De la crítica presente a la democracia hay visiones pesimistas, optimistas y otras matizadas. Leo en el libro de Mounk propuestas de cómo construir “una vida significativamente compartida” y habla de prosperidad segura, solidaridad, instituciones eficaces e inclusivas, respeto mutuo. Davies, desde una perspectiva de economía política, reconoce que el temor, el dolor y el resentimiento nunca son eliminados, pero si son comprendidos pueden ser canalizados. Así que atender y entender las características de los seres humanos y su vida real, puede generar una alternativa (política) a la tecnocracia insuficiente y a la demagogia engañosa. Creo que en el centro, en la búsqueda de equilibrios, está el camino y ahí la guía de Maritain es de enorme valor. ☉

**La política y los valores. Carta a los jóvenes políticos sobre humanismo integral, en las ideas y la experiencia.* Ramón Guillermo Aveledo. Universidad Católica Andrés Bello, Instituto de Estudios Parlamentarios Fermín Toro y Fundación Konrad Adenauer. Caracas, 2022.

Una escuela llamada El Nacional

ALFREDO ÁLVAREZ

A finales de los 70 –casi al término de mi carrera en la Escuela de Periodismo en la muy ilustre Universidad del Zulia– fui convocado junto a varios de mis compañeros de aula a formar parte de un proyecto editorial inédito y absolutamente novedoso en la historia reciente del periodismo venezolano. La C. A. Editora **El Nacional** había culminado la construcción de una espectacular sede para un nuevo diario sembrado en la zona de Los Haticos, en Maracaibo. El monumental edificio, un cubo sólido de hormigón y vidrio, con sótano y puerto, albergaría la edición de Occidente del muy estimado periódico, fundado en 1943 por el viejo Otero Vizcarrondo y su hijo Miguel.

La rotativa ya instalada, editaría un **Nacional** simultáneo con el caraqueño, para ocuparse así de los problemas informativos y noticiosos de estas regiones del país ubicadas en su occidente extremo y apartadas del centro capital. Para alcanzar su meta, convocaban a un grupo de ansiosos y brillantes periodistas para llevar a cabo semejante proeza. Entre los convocados estaba el nombre del hijo de Néstor y Ana Brígida. Me entregué seducido por lo sustantivo de esa oferta y me abracé como un naufrago al honor de participar en esa audacia inflada de talento e inspiración. Allí terminé de descubrir el amor por este noble oficio.

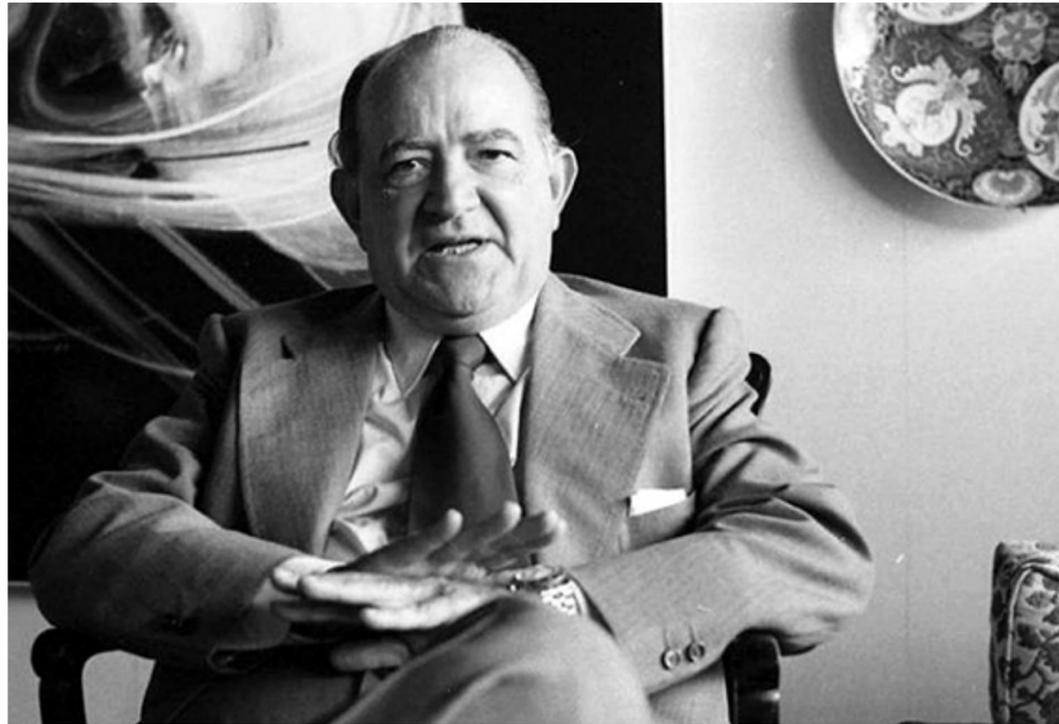
Para ese instante, solamente el diario *USA Today* y **El Nacional** habían elegido embarcarse en la aventura de realizar ediciones simultáneas de sus respectivos periódicos. La tecnología más avanzada en la transmisión de datos se puso al servicio de una redacción ideal e inmejorable. Las tareas iniciales para alcanzar la primera edición fueron coordinadas directamente por dos monstruos del periodismo venezolano como lo fueron Miguel Otero Silva y Ciro Urdaneta Bravo. La selección del personal se realizó en forma coordinada con la Escuela de Periodismo y el CNP, interviniendo en forma determinante los maestros egregios, Sergio Antillano e Ignacio de La Cruz, virtuosos artesanos en la formación de periodistas en LUZ.

En una iluminada redacción que miraba al lago de Maracaibo, por cierto, en extremo ruidosa, mágica y memorable, se concentraron enriquecedoras formas de hacer periodismo. Una representada por los veteranos del oficio como Jesús Gómez López, Manolo Silva, Arturo Bottaro, Alonso Zambrano, Argenis Bravo, Ali Ramos, Carlos Frazer, así como un largo etcétera de talentosos y sabios periodistas, con la otra versión de esta historia. Los jóvenes y novatos. Esa fuerza telúrica del saber hacer, se mezcló entonces con la vitalidad y la determinación de los noveles talentos del periodismo maracucho, como Marlene Nava, Wilmer Ferrer, Eneida Nava, Sandra Bracho, Oscar Silva, Milagros Socorro, Ángel Medina, Henry Fuentes, Víctor Hugo Rodríguez, Omar Machado y otro largo etcétera.

Insisto en que esa fusión de talento y vitalidad nos alentó a escribir páginas memorables en el periodismo de esa década. Pero además de ello, nos permitió conocer de primera mano, de la fuente original, cómo y para qué se debe hacer periodismo. Aún en la distancia, me emociona recordar cómo personalmente el viejo Miguel Otero nos advertía la necesidad de crear historias con la certeza del dato preciso, sin renunciar a la elegancia que nos prestaba el lenguaje de Cervantes. Doce líneas eran suficientes para una nota de primera, y una cuartilla suficiente geografía para abundar en los datos de una noticia. Un verdadero privilegio fueron aquellas valiosas clases.

Ciro Urdaneta era una mezcla extraña de bonhomía y la de un temible tirano de la redacción. Nos enseñó con su encanto, que el periodismo

“Aún en la distancia, me emociona recordar cómo personalmente el viejo Miguel Otero nos advertía la necesidad de crear historias con la certeza del dato preciso, sin renunciar a la elegancia que nos prestaba el lenguaje de Cervantes. Doce líneas eran suficientes para una nota de primera, y una cuartilla suficiente geografía para abundar en los datos de una noticia”



MIGUEL OTERO SILVA / ARCHIVO EL NACIONAL

no espera y que tampoco era un oficio para necios y diletantes. La urgencia debía ser acompañada con la precisión de los detalles y la elegancia de una historia mejor contada. En una oportunidad –muy sobradito el nene– olvidó las exigencias y recomendaciones de Ciro y maltraté una nota para la primera página. Indignado me llamó a capítulo, destrozó la indigesta nota con un marcador negro, como si fuera un aguzado cirujano. La redujo a lo justo y me increpó severo para preguntarme: “¿Acaso escribiste eso con los cascos?”

Ese día aprendí para siempre y en forma dolorosa, que no debía subestimar al lector, ni tampoco sobrestimar mi condición de reportero. Mi papel y mi rol era el de informar en forma acertada, transparente, clara, ética, moralmente justa, y sin tanto miriñaque. Del viejo Miguel aprendimos que una primera página no debía tener tanto adorno innecesario. “Cuando veas una primera plana llena de noticias, más de 10 o 12”, nos alertaba, mientras saboreaba un escocés con mucho hielo, “seguramente fue hecha por un timorato, un hombre desinformado y muy ajeno al sentir de sus lectores”.

Me dijo en una ocasión, que un buen reportero debería tener la audacia suficiente para irrumpir como un tifón en una cena convocada por el cuerpo diplomático. Obtener una primicia para la primera plana, lo suficientemente impactante para merecer un título de bandera, saludar cortésmente al anfitrión de la fiesta y retirarse a tiempo, sin ser un molesto moscardón en la paciencia de los invitados. En **El Nacional** aprendimos que el periodismo tenía que ser divertido, además de todo lo riguroso que se supone el oficio de informar correctamente a tus semejantes.

Había en **El Nacional** una manera distinta, diferenciada, ingeniosa, mordaz, alertante, solvente, alegre, contundente, relacional, influyente y única de hacer y escribir la noticia. Eso le hizo mucho bien a la conciencia política de los venezolanos, puesto que el diario de los Otero, a decir de unos de sus directores Ramon J. Velásquez, terminó por ser parte del acervo político de la democracia venezolana. Un todo indisoluble y penetrado con el pensamiento y la acción de los demócratas venezolanos. Una rueda de prensa no se iniciaba si no estaba presente el reportero del diario, y eso era norma de obligado

cumplimiento, muy a pesar de la molestia de los otros colegas.

La experiencia maracucha de **El Nacional** de occidente fue defenestrada por la ignorancia y la torpeza medieval, más los atavismos de una dirigencia gremial muy atrasada y prisionera de una ideología impermeable al cambio y la modernidad. Eleazar Díaz Rangel y Alberto Jordán Hernández condujeron un boicot sindical contra el diario, argumentando que los periodistas no podían transcribir directamente sus textos al área de prensa del diario. Unas modernas (para ese momento) máquinas de edición de textos –las famosas VDT– fueron la manzana de la discordia. Hoy día me pregunto, quién en este oficio no procesa y edita sus propios textos para hacer verdadero periodismo, una cosa llamada 2.0.

Muy joven me percaté de que no siempre las mayorías son poseedoras de la razón. También aprendí a desconfiar de esos ídolos con pies de barro que nos habían vendido desde la escuela de periodismo, como esos seres inobjektivos, poseedores de una razón inmutable. Ya sospechaba, muy a pesar de mi juventud, que esos dioses de fingida indignación, no eran trigo limpio, y menos aún, poseedores de la verdad que pregonaban poseer. El tiempo se encargó de demostrar lo equivocado del despropósito gremial de liquidar la vida de un periódico. Hoy día son la antítesis de lo que un momento fingieron ser.

Arthur Miller, nos dice, que un buen periódico es una nación hablándose a sí misma. Eso nos enseñó **El Nacional** a lo largo de dos intensas experiencias profesionales en sus vitales espacios. Cerrado el diario en Maracaibo, el esfuerzo inicial sobrevivió apenas un corto tiempo, lo hizo como una gran corresponsalía condenada a morir de inanición. Corrí libre y mordaz en otros diarios y proyectos editoriales. Crecí profesionalmente y formé parte de la dirección de incontables proyectos periodísticos, muchos de ellos coronados por el éxito para luego ser llamado en 1988 a integrarme al equipo de la edición principal de **El Nacional** en Caracas.

Fui asignado a la cobertura de la campaña electoral donde resultó electo Carlos Andrés Pérez. Antes había cubierto con ese infatigable tesón que caracteriza las actuaciones de un periodista de **El Nacional** la fuente de Acción Democrática. Era religiosa la presencia de decenas de periodis-

tas en el CEN de los días lunes, para enterarnos de las decisiones más relevantes del partido de gobierno. En esa desenfadada jauría yo era uno más de ellos. Combatíamos con heroica fuerza y determinación por las primicias de ese día. Al llegar a la redacción se combatía con más fuerza aún por el sitio de nuestras informaciones en la edición del día siguiente. La pelea era a muerte.

No era fácil. Allí estaban los más notables reporteros del diario custodiando sus habituales centímetros columna, con una severa determinación a no permitir ser desplazados de una “página impar abriendo duro a 3 columnas a un espacio reducido y jerárquicamente disminuido. Listos y decididos aguardaban Cayetano Ramírez, Alba Sánchez, Polo Linares, Roberto Giusti, Aquilino José Mata, Agustín Beroes, Ludmila Vinogradoff, Mario Villegas, Héctor Landaeta, así como cientos de talentos adicionales cuyo nombre no cabrían en esta nota. Allí estaban para atajarte en tu último y más decidido esfuerzo por alcanzar la efímera gloria por la publicación de una buena nota.

Estar allí, en ese olimpo de periodistas, era un privilegio de dioses. Confrontarse a diario era una rutina necesaria y estimulante, que daba inicio al amanecer indagando los sitios donde los políticos y la noticia departían desde temprano y concluía con el cierre de la edición, cercana a la medianoche. Llegar escribir tu primicia y salir de nuevo en busca de más aliados informativos era un tío vivo en constante aceleración.

“ aprendimos que el periodismo tenía que ser divertido, además de todo lo riguroso que supone el oficio de informar”

Observar el proceso de elaboración de una primera página era un deleite didáctico y formativo. Sobre todo, por el público concurrente. Normalmente el coro de auxilio, que decidido apoyaba el trabajo de cerrar la primera, estaba conformado por Manuel Caballero, José Ignacio Cabrujas, Juan Nuño, José Ramón Medina, Martha Traba, Arturo Uslar Pietri, Héctor Silva Michelena, Jesús Sanoja Hernández, Ludovico Silva, y pare usted de contar. Tropezar en un pasillo del diario con el artista del momento, el deportista más destacado o el político más notable, era un acto habitual y corriente. **El Nacional** era una ventana a través de la cual se observaba el país y allí estábamos nosotros para contarlo.

Ese vértigo nunca se detenía. Tanto así que el día en que nació mi hija Ana María, se aprobó una investigación contra el expresidente Jaime Lusinchi y yo estuve hasta el final escribiendo la crónica y los efectos de la noticia que abría las puertas a un antejucio de mérito contra un expresidente. Llegué tarde muy tarde a la clínica Leopoldo Aguerrevere y la historia la cuenta hoy mi hija, quien ya me regaló un bello nieto llamado Alessandro. Todo por el periodismo.

Concluyo y digo: Estar informado es una necesidad vital. Al intercambiar información se operan complejos mecanismos de interacción social que permiten entre otras cosas, satisfacer un instinto básico en el hombre, quien al “conocer más” de lo que acontece en su entorno, puede desarrollar una completa sensación de confianza y seguridad. La información cumple así una función básica en la constitución de la comunidad, crea un sólido sentimiento de pertenencia en las personas, permitiendo organizar nuestras vidas, y nos facilita asumir el control de nuestras decisiones. El periodismo crea la comunidad de intereses y al facilitar la circulación de información, estimula el desarrollo de la democracia.

Esa enseñanza, esa lección de vida sobre la importancia del periodismo para la democracia, me alertó desde siempre de lo afortunado que fui al ser convocado por los promotores de **El Nacional** de occidente, y por quienes me llamaron de nuevo en 1988 a cubrir la fuente de política en el diario político más importante del país. En estos oscuros días acaban estrangular la resistencia de ese periódico patrimonio del país y de América Latina. Cesaron sus ediciones impresas, se apagó el mágico ruido de su rotativa, pero eso solo será un accidente provisional. Renacerá de sus cenizas como un ave fénix.

En el espíritu de todos aquellos que nos formamos en su redacción de Puente Nuevo a Puerto Escondido, bajo la tutela de insignes maestros como MOS, Ciro Urdaneta, Ramón Jota, Mario Delfin Becerra, Misael Salazar Leidenz, Ezequiel Díaz Silva, y otros más, impera la determinación de sabernos portadores de un estilo y una condición profesional para hacer el periodismo que alimenta la democracia y la hace indestructible. Ese que irrita y perturba a las tiranías. Periodismo que hace más que obvia su insondable ignorancia y su lacerante ayuno de talento civil. **El Nacional** es una escuela, donde se forman los más notables ciudadanos y no podrá la oscuridad totalitaria privarnos de ese privilegio. Yo nací de esa fragua, yo sorbí mis primeras letras en la edición dominical de ese diario. Mi padre lo dejaba cancelado en un quiosco cercano a mi casa. Para entonces mi rito de los domingos se iniciaba con una quirúrgica lectura de todas sus páginas, principiando con el *Séptimo Día* y los reportajes de Juan Manuel Polo. Desde siempre supe que yo sería periodista.

Ahora, yo también soy **El Nacional** ©

* “Una escuela llamada **El Nacional**” fue publicado originalmente en el diario *El Impulso*, el 20 de diciembre de 2018. Se reproduce aquí con la autorización de su autor.